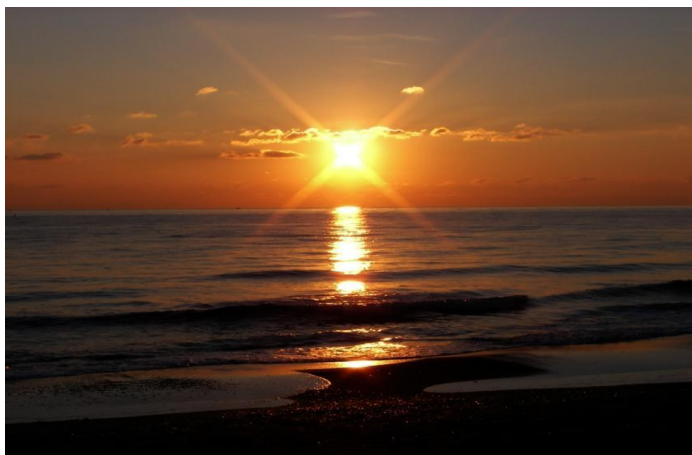


La eternidad entra en la historia



Análisis de los primeros dieciocho versos del Evangelio de Juan

Yuri Leveratto

Premisa

La fuente bibliográfica más utilizada en este libro es la obra “Cristo era Dios?” del teólogo griego-americano Spiros Zodhiates.

(https://en.wikipedia.org/wiki/Spiros_Zodhiates).

Con este libro no pienso explicar todo lo que el Apóstol Juan quería comunicar al lector, pero me propongo evidenciar algunos puntos de su Evangelio que pueden servir para reflexionar y para profundizar la Biblia y el mensaje del Nuevo Testamento.

Este libro fue traducido por **Julia Escobar**, de Medellín

El Evangelio de Juan y la encarnación del Logos



El Evangelio de Juan es uno de los veintisiete libros del Nuevo Testamento. Empieza con el famoso Prólogo, en el cual Juan describe la encarnación del Logos en la persona de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, y termina con la muerte de Jesucristo en la cruz, su Resurrección y sus apariciones a sus secuaces.

Varias fuentes históricas, además de la tradición, reconocen a Juan el Apóstol, hijo de Zebedeo y hermano de Santiago el Mayor, como el autor del cuarto Evangelio, compuesto muy probablemente en el centro helenístico de Éfeso al final del siglo I de la era cristiana.

Respecto a la datación del cuarto Evangelio, la mayoría de los estudiosos está de acuerdo con que fue

escrito antes del fin del siglo I. El papiro 52, la fuente documental más antigua que poseemos (Rylands Library, Papyrus P52), que fue hallado en Egipto en 1920, se remonta a una época que va del 117 al 138 d.C. (1). Es razonable pensar, por tanto, que si una copia del Evangelio fue escrita alrededor del 125 d.C. en Egipto, el original pudo haber sido escrito aproximadamente veinticinco años antes en Éfeso, donde se encontraba Juan el Apóstol.

Analizando la obra desde un punto de vista sustancial, sobresale el famoso prólogo. Veamos algunos pasajes (1, 1-18):

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.

Este era en el principio con Dios.

Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.

En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella.

Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan.

Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él.

No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz.

Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo.

En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció.

A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron.

Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios;

los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.

Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.

Juan dio testimonio de él, y clamó diciendo: Este es de quien yo decía: El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo.

Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia.

Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo.

A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.

Primero que todo, observemos que Juan utiliza el término Logos (en griego Λόγος, Palabra, y también se utiliza a menudo el término Verbo).

¿Cuál es el origen de la doctrina del Logos?

El concepto de Logos se remonta al siglo VI a.C., cuando en la llamada Escuela de Mileto, los filósofos “naturalistas” Tales, Anaximandro y Anaxímenes lo habían reconocido como el medio a través del cual el ser humano llega a tener un conocimiento estable de las continuas transformaciones que suceden en la naturaleza.

Heráclito de Éfeso y Parménides de Elea describen un Logos implícito en la naturaleza, o sea un proyecto racional que gobierna las cosas y les da las leyes que las subyacen. Para Heráclito, tal proyecto es la armonía de los contrarios, que van siempre juntos (día/noche, bueno/malo, bello/feo, arriba/abajo, etc.), y la realidad es un continuo fluir, discurrir, pero lo que permanece estable es el Logos, la armonía. Parménides concibe el Logos como el *todo*, estable, inmóvil, eterno, la verdadera realidad, mientras que todas las cosas que se transforman son solo ilusiones de los sentidos.

Para ambos, en todo caso, solo el sabio, el filósofo, tenía la facultad de saber ver más allá de las apariencias e ir a la sustancia de la realidad para aprehender, gracias al buen raciocinio, el proyecto racional escondido en el Logos.

Un desarrollo significativo en la filosofía helenística y en la concepción del Logos ocurrió durante la dinastía de Tolomeo II (285-246 a.C.) en Alejandría de Egipto, en el siglo III a.C. El soberano solicitó a las autoridades religiosas de Jerusalén una traducción al griego del Pentateuco. Luego, alrededor del 185 a.C., fueron traducidos al griego los otros libros de la Biblia. Se dio así inicio a un periodo de intercambios culturales entre el mundo hebreo y el helenístico, que tenía justamente su centro en Alejandría de Egipto.

El hebreo helenizado Filón de Alejandría (siglo I d.C.) contribuyó a desarrollar una síntesis entre el Antiguo Testamento y la filosofía helenística. Para Filón, el Logos era entendido como el proyecto de Dios antes de la creación. El Logos es incluso la palabra de Dios que hace ser, que crea, que habla, es la palabra dotada de sentido profundo y sustancial, una palabra mediadora que acerca cielo y tierra, divino y humano.

Juan, Apóstol del Señor y evangelista, vivió por largo tiempo en Éfeso, ciudad helenística que fue sede de grandes filósofos en los siglos precedentes. En aquel período, en Éfeso, tenía lugar el culto popular de Artemisa, diosa de la caza, de la luna creciente y de la iniciación femenina.

Juan, sin embargo, tenía claro el propósito de su Evangelio. Tenía que transmitir y divulgar los dichos del señor que aclararían su real identidad.

Juan, describiendo a Jesús, describe a la persona que él había conocido, con la que había recorrido los senderos polvorientos de Galilea y Judea, la persona que había ofrecido una enseñanza nueva, original,

profunda, que había devuelto la vista a los ciegos y que había hecho caminar a los paralíticos. Juan describe a quien había hecho resucitar a los muertos y, en última instancia, describe a quien afirmó su consustancialidad con Dios Padre y a quien resucitó de la muerte y permaneció con los Apóstoles por otros cuarenta días. Juan se incluye en modo directo en el substrato helenístico, pero también en el puramente asiático, dominado por el dualismo entre luz y tinieblas, entre verdad y falsedad, y transmite algunos dichos de Jesucristo que tocan los corazones de aquellas poblaciones.

La plena Divinidad de Jesucristo ya había sido divulgada desde los años inmediatamente sucesivos a la Resurrección de Jesús (véanse a tal propósito las Cartas de Pablo de Tarso: por ejemplo, Epístola a los colosenses 2, 9), pero Juan introduce un concepto nuevo: el Logos, el Verbo de Dios, se encarnó en un ser humano. Además, Juan desvela la Verdad última: el *"Logos es Dios"*.

Primero que todo, en el Prólogo (1, 1-2) se observa la preexistencia del Logos (Verbo) con Dios "desde el principio" *Ἐν ἀρχῇ* (*en arché*, pronunciación del griego). Si el Verbo coexistía con Dios "desde el principio", no podía ser sino Dios mismo, o mejor, una de sus "Personas". Notemos entonces que Juan empieza a delinear el que es el concepto de Trinidad. Pero luego está escrito expresamente: *"y el Verbo era Dios"*.

Pocos pasajes después (1, 14), Juan nos revela que el Verbo, el Logos, o sea Dios, se hizo carne y vino entre nosotros.

Es un cambio revolucionario respecto a la fría concepción helenística, en la cual el Logos permanecía separado, lejano. En la fe cristiana, en cambio, el Verbo decidió venir entre nosotros, encarnándose en Jesucristo. En el Prólogo se delinea, además, el

concepto de que el Verbo es la vida, o sea, el origen mismo de la vida sobre la tierra. Además de eso, se describe el dualismo luz-tinieblas: *“la luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la han vencido”*.

También en el primer capítulo del cuarto Evangelio, Juan nos revela por cuál motivo el Logos se encarnó en Jesucristo, o sea, por cuál motivo Jesucristo vino a la tierra. Es Juan el Bautista quien habla, Evangelio de Juan (1, 29):

El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.

Entonces aquí se empieza a delinear la verdadera identidad de Jesucristo. No es solamente el Logos de la filosofía helenística, sino que es Dios quien se encarnó y vino para “quitar el pecado del mundo”. La encarnación del Logos es, por tanto, el centro de la historia y del cosmos y, de hecho, el nacimiento de Jesucristo da inicio a una nueva era.

El Evangelio de Juan se diferencia de los otros tres Evangelios “sinópticos” por varios motivos. Primero que todo, están descritos solo siete milagros. Cinco son exclusivos, o sea, están presentes solo en el Evangelio de Juan: la transmutación del agua en vino (Bodas de Caná, 2, 1-11), la curación del hijo del funcionario del rey (4, 46-54), la curación del paralítico en la Piscina de Bethesda (5, 1-18), la curación del nacido ciego (9, 1-41) y la resurrección de Lázaro (11, 1-44).

Estos últimos dos, en cambio, están presentes en otros Evangelios: la primera multiplicación de los panes (6, 1-14), el dominio de Jesús sobre las aguas del mar, cuando camina sobre ellas (6, 15-21). Además, el Evangelio de Juan se diferencia porque se narran varios discursos entre Jesús y los fariseos. El fin

último del Evangelio de Juan es dar a conocer al mundo que el Verbo encarnado es realmente Jesucristo. Por esto, Juan transmitió los dichos de Jesús donde él mismo reveló su identidad.

Prosiguiendo con el análisis de la obra, vemos que Jesucristo revela a Nicodemo que la encarnación del Verbo es en realidad un don hecho por Dios a los hombres, un don hecho para salvar el mundo y no para condenarlo.

(3, 16-18).

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.

El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.

En el capítulo sucesivo está el célebre diálogo con la samaritana, en el cual Jesús afirma poder dar “el agua de la vida” (4, 13-14).

Respondió Jesús y le dijo: Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed;

mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.

En el sexto capítulo está el famoso discurso en el cual Jesús afirma ser el “pan de la vida”. Veamos dos importantes pasajes:

(6, 35-39):

Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.

Mas os he dicho, que aunque me habéis visto, no creéis.

Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera.

Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.

Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero.

(6, 48-58)

Yo soy el pan de vida.

Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron.

Este es el pan que descende del cielo, para que el que de él come, no muera.

Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo.

Entonces los judíos contendían entre sí, diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?

Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros.

El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero.

Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.

El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él.

Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí.

Este es el pan que descendió del cielo; no como vuestros padres comieron el maná, y murieron; el que come de este pan, vivirá eternamente.

En el capítulo octavo Jesús afirma ser la “luz del mundo”.

(8, 12-19):

Otra vez Jesús les habló, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.

Entonces los fariseos le dijeron: Tú das testimonio acerca de ti mismo; tu testimonio no es verdadero.

Respondió Jesús y les dijo: Aunque yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde he venido y a dónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo, ni a dónde voy.

Vosotros juzgáis según la carne; yo no juzgo a nadie.

Y si yo juzgo, mi juicio es verdadero; porque no soy yo solo, sino yo y el que me envió, el Padre.

Y en vuestra ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero.

Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mí.

Ellos le dijeron: ¿Dónde está tu Padre? Respondió Jesús: Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre; si a mí me conocieseis, también a mi Padre conoceríais.

Esta última es una frase muy significativa, porque indica que solo conociéndolo y aceptándolo se puede aceptar al Padre.

También en el octavo capítulo Jesucristo afirma su preexistencia con Dios desde el principio.

(8, 58):

Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy.

En este pasaje, Jesucristo, atribuyendo a sí mismo el nombre con el cual Dios se reveló a Moisés (“Yo soy”, en Éxodo 3, 14) se pone a la par con Dios.

En el capítulo diez está el célebre discurso de Jesucristo que se compara con la “puerta de las ovejas”. (10, 1-18).

De cierto, de cierto os digo: El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador.

Mas el que entra por la puerta, el pastor de las ovejas es.

A éste abre el portero, y las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre, y las saca.

Y cuando ha sacado fuera todas las propias, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz;

Mas al extraño no seguirán, sino huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños.

Esta alegoría les dijo Jesús; pero ellos no entendieron qué era lo que les decía.

Volvió, pues, Jesús a decirles: De cierto, de cierto os digo: Yo soy la puerta de las ovejas.

Todos los que antes de mí vinieron, ladrones son y salteadores; pero no los oyeron las ovejas.

Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos.

El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.

Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas.

Mas el asalariado, y que no es el pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebató las ovejas y las dispersa.

Así que el asalariado huye, porque es asalariado, y no le importan las ovejas.

Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen,

así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas.

También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor.

Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar.

Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre.

El tema de la puerta es central en el mensaje cristiano. En el Antiguo Testamento había varias referencias a la puerta, veamos una:

Salmos (118, 20):

Esta es puerta de Jehová;

Por ella entrarán los justos.

La puerta es entonces un símbolo utilizado por Jesús para llegar al corazón de los hebreos y de los no hebreos. Solo a través de “aquella puerta” se llega al Padre, y no a través de “otras puertas”. Además, en la última parte de su discurso Jesús afirma que dará su vida y que luego la retomaré. Es él quien decide darla para expiar el pecado del mundo, y es él quien decide retomarla para certificar su victoria sobre el pecado y sobre la muerte.

También en este capítulo hay otro pasaje importante donde Jesucristo declara una vez más su consustancialidad con el Padre (10, 30):

Yo y el Padre uno somos.

En el capítulo undécimo Jesús afirma ser la Resurrección y la vida. Veamos los pasajes respectivos (11, 26-27):

Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?

Le dijo: Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo.

Jesús, como el Padre, tiene en sí la vida, o sea el bien más precioso que existe. Él, entonces, puede volver a darla y él puede darla eternamente a quien cree en él. Después de esta frase, Marta testimonia que Jesucristo es el Hijo de Dios.

En el capítulo duodécimo hay una referencia más a la luz, contrapuesta a las tinieblas.

(12, 35-36):

Entonces Jesús les dijo: Aún por un poco está la luz entre vosotros; andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas; porque el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va. Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz.

En el capítulo decimocuarto Jesús confirma ser el camino, la verdad y la vida, y el único camino hacia el Padre. Veamos este importante pasaje:

(14, 5-14):

Le dijo Tomás: Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?

Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.

Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto.

Felipe le dijo: Señor, muéstranos el Padre, y nos basta.

Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre?

¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras.

Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras.

De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre.

Y todo lo que pidieris al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo.

Si algo pidieris en mi nombre, yo lo haré.

“Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre si no es por medio de mí”. Esta es la frase más significativa entre las que Jesús se define a sí mismo. Veamos por qué: primero que todo, el tema de la Verdad es central en el Evangelio de Juan. Veamos también esta frase pronunciada por Jesús frente a Pilatos: *“Por esto yo he nacido y por esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad”* (18, 37).

La Verdad no es otra cosa que él mismo, Jesucristo, el centro de la historia, el Verbo encarnado que vino a “quitar el pecado del mundo”. Sin él, nadie podría ir al Padre, sin él nadie podría salvarse. La Verdad es solo una, no puede haber otras verdades y el que afirme que hay otras, vive en la mentira. Además, Jesús se define “el camino” y “la vida”. El camino, ya que es solo a través de su enseñanza de amor que podemos conocer la Verdad y, por tanto, salvarnos, obtener la vida eterna. La vida, ya que él, como vimos, es el “pan de la vida”. Solo quien es el Creador de la vida puede vencer la muerte. Solo quien es la esencia misma de la vida, puede vencer el pecado, que causa la muerte.

Significativas son también las frases: *“Si me conocieron a mí, conocerán también a mi Padre: desde ahora lo conocen y lo han visto”. — “Quien me ha visto, ha visto al Padre. ¿Cómo puedes tú decir: “Muéstranos al Padre”? ¿No crees que yo soy en el Padre y que el Padre es en mí?”* En efecto, en estos pasajes Jesús confirma una vez más su consustancialidad con el Padre.

En el capítulo decimoquinto, Jesús afirma ser la vid verdadera.

(15, 1-10):

Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador.

Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto.

Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado.

Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.

Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.

El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden.

Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho.

En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos.

Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor.

Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor.

La imagen de la vid y de los sarmientos es muy familiar en un pueblo que cultiva uva desde hace

siglos. Pero el sarmiento que no lleva fruto, es cortado. El sarmiento, en cambio, que permanece con la vid, seguramente traerá fruto. “*Si permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran y les será concedido*”. Frase importante, ya que solo asumiendo el mensaje de Cristo en su plenitud y haciéndolo nuestro podemos caminar en la vía señalada por Cristo, la cual conduce a la salvación.

En el capítulo decimoséptimo, Juan transmite la oración al Padre de Jesús.

(17, 1-11):

Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti;

como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste.

Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.

Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese.

Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese.

He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra.

Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado, proceden de ti;

porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste.

Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son,

y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío; y he sido glorificado en ellos.

Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros.

Aquí Juan el Apóstol transmite el largo discurso final de Jesús. En su oración, Jesús afirma haber glorificado al Padre, cumpliendo la obra que debía ser cumplida. Luego pide ser glorificado con la gloria que él tenía “antes de que el mundo fuera”. En esta última frase, Jesús afirma ser preexistente con el Padre antes de que el mundo fuera creado, o sea, desde siempre, desde la eternidad. En las últimas frases Jesús confirma que aquellos que le fueron dados, los “hijos de Dios”, continúan en el mundo, pero no son del mundo, ya que son de Dios.

En los capítulos siguientes (18-19-20-21) se narra el arresto, el proceso, la crucifixión, la Resurrección y algunas apariciones de Jesús a los Apóstoles.

El Evangelio de Juan, por tanto, se presenta como una obra fundamental del Nuevo Testamento, el último testimonio que nos dio Juan el Apóstol poco antes de morir (2). En él se delinea claramente la verdadera identidad de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, encarnación del Verbo, que vino entre nosotros con el objetivo principal de quitar el pecado del mundo.

Notas:

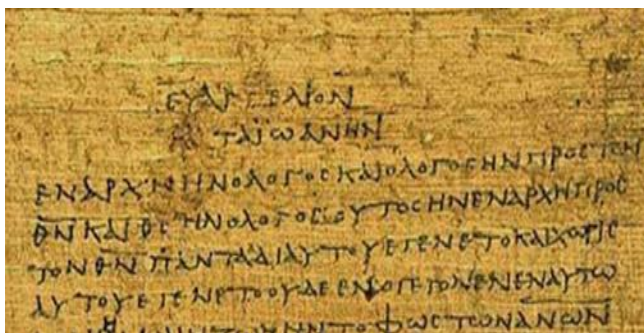
(1)-

https://en.wikipedia.org/wiki/Rylands_Library_Papyrus_P52

(2)-Además de sus Cartas y de la Apocalipsis

Imagen: Papiros 52

El Logos es Dios: análisis del primer verso del Evangelio de Juan



Con este artículo empezaré un análisis profundo de los primeros dieciocho versos del Evangelio de Juan. Estos versos célebres son fundamentales porque describen la esencia misma de Jesucristo, el Verbo que se hizo carne. Los versos sucesivos, del verso diecinueve del primer capítulo, hasta el fin del cuarto Evangelio, están compuestos por una serie de episodios históricos que confirman las afirmaciones hechas en los primeros dieciocho versos del Evangelio.

Primero que todo, veamos el primer verso del Evangelio de Juan:

*En el principio era el Verbo,
y el Verbo era con Dios,
y el Verbo era Dios.*

Esta es la correspondiente pronuncia en griego:

*En arche en ho Logos
kai ho Logos en pros ton Theon
kai Theos en ho Logos*

En la frase “En principio era el Verbo”, el verbo aparece en tiempo imperfecto.

El verbo griego es *en*, que significa “era”. En realidad *en* es el imperfecto del verbo griego *eimi*, o sea: ser. El Apóstol Juan nos dice entonces que “en principio”, o sea antes de la creación del mundo, antes de cualquier cosa, desde siempre, existía el Logos, que en español se traduce “la Palabra” o “el Verbo”. Por tanto, se podría concluir que Juan quería indicar que el Verbo existía antes de que hubiera cualquier inicio, antes de cualquier cosa. El Verbo era, por tanto, preexistente a cualquier cosa. Era la Causa Primera.

En esta primera parte del primer verso, el Apóstol Juan no está entonces interesado en explicar quién creó el mundo o quién existía antes de la creación, sino que simplemente está explicando desde cuándo ha existido el Verbo.

El sujeto es el verbo y el énfasis es su preexistencia desde el principio de los tiempos. Juan está empezando a describir quién es el Logos (Jesucristo), pero por ahora nos dice que él existe desde siempre, o sea, no tuvo inicio. Y es justo en el verbo *en* en griego donde se expresa perfectamente el concepto de eternidad. En práctica, antes de que existiera el tiempo, el Verbo era. El Verbo, por tanto, era y está fuera del tiempo. Es eterno.

Cuando el Apóstol Juan describe a Juan el Bautista (sexto verso del primer capítulo del Evangelio de Juan) utiliza un verbo completamente diferente: *egeneto*, que significa “vino”, que obviamente se refiere a un determinado tiempo histórico. Por tanto, hubo un tiempo en el cual Juan el Bautista no existía (obviamente antes de su nacimiento), pero no hubo un tiempo en el cual el Verbo no existía. El verbo *en*, por tanto, que se encuentra en los versos 1, 2, 4, 8, 9, 10, indica una existencia continua, mientras que el

verbo egegeto, que se encuentra en los versos 3, 6, 10 y 14, se refiere a una existencia limitada.

Esta primera parte del primer verso del Evangelio de Juan es, por tanto, de fundamental importancia, porque nos dice que “antes de que hubiera un principio”, o sea, antes del tiempo mismo, el Verbo ya era.

¿Qué quería indicar Juan cuando escribió “en el principio”?

También en el primer verso del Génesis está la palabra “principio” (en hebreo: bereshit):

En el principio creó Dios los cielos y la tierra.

La palabra griega utilizada por el Apóstol Juan en el primer verso de su Evangelio es *arché*, una palabra muy importante en el ámbito del Nuevo Testamento, cuyo significado merece ser profundizado. Es más, justamente del análisis de esta palabra se deduce que Jesucristo, siendo el Creador del mundo, no puede ser una simple creatura. Esta palabra puede ser usada tanto en sentido absoluto como en sentido relativo. Si se usa en sentido absoluto, se refiere “al principio o al origen de todas las cosas”. En el primer verso del Evangelio de Juan, la palabra *arché* es usada en sentido absoluto, ya que no se especifica nada que limite la acción descrita.

La palabra *arché* con significado absoluto es utilizada también en el Evangelio de Mateo 19, 4; 24, 21; en el Evangelio de Juan 8, 44; en la primera Epístola de Juan 1, 1; 2, 13; 3, 8, etc. Un ejemplo podría ser el siguiente verso del Evangelio de Juan (6, 64):

Pero hay algunos de vosotros que no creen. Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar.

Jesús sabía desde el principio quién lo traicionaría.

Volviendo al término arché, la mayoría de los estudiosos sostiene que puede ser entendido en forma pasiva o activa. Si es pasiva, es como si fuera el resultado de otra fuerza. Si, en cambio, es entendida en forma activa, debemos considerarla como “la causa de todas las cosas”.

Hay muchos pasajes del Nuevo Testamento que indican que Jesucristo es el Creador del mundo y no una simple creatura. Por ejemplo, el tercer verso del Evangelio de Juan:

Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.

La palabra “todo”, se refiere a “cada cosa”. Si el Verbo, Jesucristo, fuera una creatura, habría creado todo, menos a él mismo. Pero en el tercer verso está escrito: “todo”, entonces significa que el Verbo, Jesucristo, es la Causa Primera, habiendo creado cada cosa. Es una afirmación implícita de su plena Divinidad. La palabra “principio” es, por tanto, usada en forma activa. Se refiere a Jesucristo no como el primer resultado de la creación hecha por Dios, sino como la primera causa de la creación, o sea, como el único y el solo Creador. Él no podría haber sido la primera creatura si todas las cosas, incluido él mismo, fueron hechas por él.

Observemos ahora los siguientes pasajes de la Epístola a los colosenses (1, 15-18):

El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación.

Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado

por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten; y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia;

En estos versos, la palabra *proototokos*, traducida “primogénito”, se refiere a quien tiene la soberanía sobre toda la creación. El verso 16 describe que todas las cosas fueron creadas por medio de él y en vista de él. Entonces Pablo de Tarso precede al Apóstol Juan al indicar que Jesucristo es el Creador. Y en el verso decimoséptimo dice que él no solo es el Creador de todas las cosas, pero que ellas en él subsisten. En el verso decimooctavo se usan las palabras *arché*, “principio” y *proototokos*, “primogénito”.

Hay otros versos donde Jesucristo afirmó “ser” desde siempre, o sea, desde el principio. Por ejemplo, en el Evangelio de Juan (17, 5):

Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese.

Ahora analicemos la palabra *Logos*. ¿Por qué Juan utiliza esta palabra para definir al Creador del mundo? Obviamente el Creador existía antes de todas sus creaturas. Y el Creador debe tener obligatoriamente una inteligencia, una mente. Solo en las palabras griegas *ho Logos* podía encontrar el significado exacto de lo que quería y debía expresar.

Aunque el término *Logos* era común en el mundo helénico (por ejemplo, a partir de la filosofía de Filón de Alejandría), varios teólogos piensan que Juan tenía en mente la palabra hebrea *memra*, traducida en la Biblia de los setenta como *Logos*.

Logos significa, ante todo, “palabra”, entonces Jesucristo es la Palabra de Dios. De Logos se derivó la palabra “lógica”. Juan quiere entonces mostrarnos que detrás del mundo creado está la inteligencia, y no el azar. Pero la inteligencia puede existir solo en una persona, en efecto Juan describe que el Logos es Jesucristo, por tanto no una fuerza impersonal o abstracta.

Jesucristo no fue simplemente un Verbo, sino “el Verbo”. En efecto, esta es la razón por la cual el artículo definido está usado antes de la palabra Logos: *en arché en ho Logos*.

Pasemos a analizar ahora la segunda parte del primer verso del Evangelio de Juan:

y el Verbo era con Dios,

Aquí el Apóstol Juan nos señala que el Verbo, aun siendo la Causa Primera, o sea el Creador del mundo, no es la misma persona que Dios Padre. En el verso 18 del primer capítulo del Evangelio de Juan se nos presenta la relación filial que existe entre dos de las tres personas de la Trinidad, el Padre y el Hijo:

A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.

“Dios, nadie lo ha visto nunca”, se refiere a Dios Padre. La palabra monogenees, que se traduce como “unigénito”, significa “de la misma sustancia”, que además siempre ha estado en el seno del Padre. La diferencia es entonces entre el Hijo, o sea el Logos eterno, y el Padre, justo porque el primero se hizo carne, (Evangelio de Juan 1, 14). Sin embargo, ambos, junto al Espíritu Santo, citado en otros numerosos pasajes del Nuevo Testamento, son de la misma

sustancia, entonces son “Dios”, aun teniendo personalidades diferentes.

El verbo que se usa en la segunda parte del primer verso del cuarto Evangelio es en, igual al que se usó en la primera frase, o sea el imperfecto del verbo eimi, ser. Una vez más, Juan usa este verbo para indicarnos que el Verbo era con Dios desde la eternidad del pasado, o sea, desde siempre, desde antes que el tiempo fuera. Por tanto, el Verbo no adquirió una posición íntima con el Padre en un cierto momento histórico, sino que el Verbo ha estado siempre con el Padre. No existió nunca un tiempo en el cual el Verbo no fuera con el Padre. Este es el significado del verbo en en imperfecto. Y esta es también la razón por la que el Espíritu Santo eligiera el griego como lengua para utilizar en el Nuevo Testamento, de manera que la revelación para nosotros pudiera ser absolutamente clara. En efecto, en otras lenguas no hubiera sido posible expresar la eternidad de Jesucristo y su presencia infinita con el Padre. El término español “era”, de hecho, no transmite del todo la idea de la eterna coexistencia del Logos con el Padre.

Otra palabra importante de la frase es pros, o sea: “con”. Pros es traducido “con” pero transmite la idea de “hacia”, para expresar un movimiento. Juan con este término pros quería posiblemente indicar que el Logos y el Padre estaban unidos en una eterna comunión. No era que el Logos siguiera al Padre, porque eso implicaría una dependencia del Logos hacia el Padre. Estaban en perfecta armonía y comunión desde la eternidad. Si lo consideramos, Jesús se refiere constantemente al Padre en el Evangelio de Juan, y especialmente en el capítulo decimoséptimo. Jesús ruega al Padre por nosotros. Su fin único es perdonar nuestros pecados con el fin de conducirnos al Padre.

Analicemos ahora la tercera parte del primer verso del Evangelio de Juan:

y el Verbo era Dios.

Hasta ahora hemos visto que el Verbo era eterno, y coexistía desde el principio con Dios Padre. Pero si era eterno, y si era la Causa Primera, no podía ser sino Dios mismo. En la versión griega original, la palabra Dios está puesta inmediatamente después de la conjunción “e”, y no al final de la frase. En efecto, en algunas versiones de la Biblia, la frase “*kai Theos en ho Logos*” está traducida: “y Dios era el Verbo”.

No hay un artículo definido antes de la palabra “Theos”. Este hecho indujo a algunos grupos de personas (en este caso aquellos que querían divulgar la idea de que Jesucristo era una persona inferior al Padre, un ser creado, en vez del Creador eterno), a traducir esta palabra como “un Dios”, en vez de “Dios”.

En la gramática griega, normalmente el predicado no lleva el artículo, mientras el sujeto de la frase lleva el artículo (1). En efecto, en esta frase, el sujeto (el Verbo) lleva el artículo definido, mientras el predicado (Dios) no lo tiene. Si Juan hubiera puesto el artículo frente a la palabra “Dios” y frente a la palabra “Logos”, las dos palabras serían intercambiables y la frase se hubiera podido traducir: “y el Dios era el Verbo”. En este caso, el Verbo se habría transformado en el predicado y Dios en el sujeto. Por la misma razón, en la frase transmitida en la Primera Epístola de Juan (4, 16): “Dios es amor”, el artículo *ho* está delante de Theos y no delante de amor. En efecto, el sujeto es “Dios” y no “amor”. Si hubiera artículo definido también delante de “amor”, se podría decir tanto “Dios es amor” como “Amor es Dios”.

Pero, en este caso, el Dios de la Biblia no sería una persona, sino una cualidad abstracta.

Si la tercera fase del primer verso del Evangelio de Juan tradujera: “y el Verbo era un dios”, como hacen los testigos de Jehová, entonces tendríamos que traducir “un dios” todas las veces que se usa la palabra griega *Theos* sin el artículo definido. Por ejemplo, en el verso 18 del primer capítulo del Evangelio de Juan, que se traduce “Dios, nadie lo ha visto nunca”, tendría que traducirse: “el Dios, nadie lo ha visto nunca”, y esto sería absurdo, ya que Dios es único.

Por tanto, podemos afirmar que Juan omitió el artículo *ho* antes de la palabra “Dios” por el hecho que quiere comunicarnos la característica general del Logos, que es Dios en su esencia y en todos sus atributos. En efecto, la palabra “Theos”, o sea “Dios”, sin artículo quiere significar la noción general de Dios, o sea la Causa Primera, el Absoluto. Juan quiere entonces enfatizar la naturaleza misma del Verbo, que es igual a la del Padre.

El Apóstol Juan quiere entonces comunicarnos que Jesucristo no era “divino”, sino que era (y es) “Dios”, en su plenitud. Si hubiera querido comunicarnos que Jesucristo es “divino”, habría podido usar la palabra “theios”. Existe una gran diferente entre las palabras “theios” y “Theos”. Los términos no son en absoluto intercambiables. Lo que es divino no es siempre Dios, pero Dios es siempre divino. De theios derivan las palabras theiotees, Divinidad, y theotees, deidad.

Es, por tanto, totalmente errado traducir la tercera parte del primer verso del Evangelio de Juan como “y el Verbo era divino”, ya que la palabra que se usa es “Theos”, “Dios” y no “theios”, “divino”. Jesucristo, por tanto, no era un hombre que alcanzó la divinidad, sino que era Dios que se humilló a sí mismo para poder asumir la naturaleza humana además de su

naturaleza divina, que no abandonó nunca (ver Epístola a los filipenses, capítulo 2).

Resumamos los conceptos expresados en este artículo.

En el principio era el Verbo

Significa que el Verbo (o sea Jesucristo) ha existido desde siempre, desde la eternidad.

y el Verbo era con Dios

Significa que el Verbo (o sea Jesucristo) ha estado desde siempre en perfecta armonía y comunión con Dios Padre.

y el Verbo era Dios

Significa que el Verbo (o sea Jesucristo) era y es Dios desde siempre, en su total plenitud.

Notas:

1-A.T. Robertson, Grammar of the Greek New Testament (Doran, cuarta edición, pág. 767).

La eterna comunión del Logos con el Padre: análisis del segundo verso del Evangelio de Juan



El Evangelio de Juan está compuesto por una parte inicial de dieciocho versos donde se describe la esencia misma de Jesucristo. En el artículo anterior analizamos el primer verso y llegamos a la conclusión de que el Apóstol Juan quiso comunicarnos estas tres verdades fundamentales:

En el principio era el Verbo,

Significa que el Verbo (o sea Jesucristo) ha existido desde siempre, desde la eternidad.

y el Verbo era con Dios

Significa que el Verbo (o sea Jesucristo) ha estado siempre en perfecta armonía y comunión con Dios Padre.

y el Verbo era Dios.

Significa que el Verbo (o sea Jesucristo) era y es Dios desde siempre, en su total plenitud.

Ahora analicemos el segundo verso del Evangelio de Juan:

Este era, en el principio, con Dios:

Veamos la pronunciación correspondiente en griego:

Houtos ēn en archè pros ton Theon

En el segundo verso, Juan ratifica algunos conceptos importantes que escribió en el primer verso.

La palabra griega con la que Juan comienza este segundo verso es Houtos, que significa “este”, “esta persona”. Se refiere al Verbo, al Logos eterno, del cual habló en el primer verso, y utiliza un pronombre demostrativo. Houtos aparece en el singular masculino, entonces Juan nos quiere hacer notar que el Verbo es una persona, no es una entidad abstracta.

El verbo que se utiliza es el mismo que se usó en el primer verso. Es el imperfecto del verbo eimi, o sea “ser”.

La expresión “en el principio” es exactamente la misma que se utiliza en el primer verso “en archè”.

Juan está ratificando entonces que el Logos “era” desde el principio, entonces era y es eterno. Pero la eternidad es una característica que solo Dios puede tener, ya que es la Causa Primera. Sin embargo, Juan

distingue una vez más entre Este, el Verbo y Dios, o sea Dios Padre. Obviamente, aunque el Verbo (Jesucristo) es descrito con una personalidad diferente de la del Padre, no significa que Este sea menos eterno, menos infinito y menos “Dios” que el Padre. Luego Juan sigue usando las palabras empleadas en el primer verso: *pros ton Theon*, traducidas al español “con Dios”.

En griego, *pos* indica una relación activa e igual entre las dos partes. Entonces Juan nos quiere indicar que Dios Padre es superior al Verbo, pero quiere señalar una relación de comunión eterna y paritaria.

Para nosotros este concepto es incomprendible, ya que nuestras mentes finitas y limitadas no pueden concebir del todo la esencia de Dios en sus tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo (del cual se hablará en otras partes del cuarto Evangelio y del Nuevo Testamento). Justamente por esto fue necesario que el Verbo se hiciera carne (Evangelio de Juan 1, 14) y viniera entre nosotros, no solo para salvarnos del pecado, sino también para revelarnos la resplandeciente Trinidad.

Imagen: código Vaticano, principio del Evangelio de Juan

La Creación: análisis del tercer verso del Evangelio de Juan



Como analizamos en los artículos anteriores, los primeros dos versos del Evangelio de Juan describen a la persona de Jesucristo, denominado “Palabra” o “Verbo”. Las cuatro afirmaciones de estos dos primeros versos son:

1, 1a. “*En el principio era el Verbo*”. O sea, el Verbo existe desde siempre, desde la eternidad.

1, 1b: “*Y el Verbo era con Dios*”. En este pasaje se confirma la eterna comunión del Verbo con Dios Padre, desde siempre.

1, 1c: “*Y el Verbo era Dios*”. Esto significa que el Verbo, siendo de la misma sustancia de Dios Padre, es Dios, si bien tiene una personalidad diferente.

2: “*Este era en el principio con Dios*”. En este segundo pasaje se confirma que el Verbo siempre estuvo en comunión con Dios Padre, desde la eternidad.

Después de haber hecho estas afirmaciones de fundamental importancia, el Apóstol Juan empieza a describir la obra del Logos, el Verbo, Jesucristo. Y lo hace en el tercer verso del primer capítulo de su cuarto Evangelio:

*todas las cosas por él fueron hechas,
y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.*

Veamos la pronunciación correspondiente en griego:

Panta dia autou egeneto kay chōris autou egeneto oude hen ho gegonen

Empecemos a analizar la primera parte del tercer verso:

todas las cosas por él fueron hechas

La palabra griega con la cual el Apóstol Juan empieza este verso es “panta”, o bien, “todo”. En griego, el artículo definido (ho) se omite antes de “panta”, justamente con el fin de volver absoluto el significado de “todo”. Juan, prácticamente, quiere referirse a la

totalidad de las cosas que fueron creadas en todos los tiempos, o sea, en el pasado, en el presente y en el futuro.

Panta es el nominativo plural del neutro pan. En práctica, significa: todas las cosas que fueron, todas las cosas que son y todas las cosas que serán: todo.

La segunda palabra que encontramos en el análisis de este tercer verso es $\delta\iota'$, cuya pronunciación es dia. Se traduce “por medio”. En realidad, esta palabra griega es pariente de “duo” (dos) o “dis” (dos veces). El significado basilar de la palabra indica el intermediario o la causa para llegar a un resultado final. Encontramos esta preposición en la palabra diagrama. El diagrama es, en efecto, algo que está entre el concepto de una cosa y el resultado final de la cosa misma. Se hace un diagrama para mostrar lo que se va a construir.

Juan explica entonces que “todas las cosas por él fueron hechas”, o sea por medio de Jesucristo, el Verbo, el Logos eterno. El Verbo, sin embargo, es Dios (ver verso 1, 1c), y su sustancia siempre ha sido la misma de Dios Padre. Esto fue confirmado también por Pablo de Tarso en su Epístola a los colosenses (2, 9):

Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad

Como el Verbo, Jesucristo, fue el Creador, del mismo modo fue el Redentor. Por tanto, Él fue tanto el agente de la creación como el agente de la redención.

El hecho, sin embargo, de que él haya sido el agente de la creación no significa que haya sido diferente en esencia o inferior a Dios Padre. Él pudo ser tanto la Causa Primera como el agente de la Creación. Esto se deduce también de la Epístola a los romanos (11, 36):

Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén.

También del célebre pasaje del Génesis se deduce que Jesucristo fue tanto la Causa Primera, como el agente de la Creación (Génesis 1, 26):

Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra.

Dios creó el universo y al hombre por medio del Verbo, pero en un cierto sentido todas las tres personas de la Trinidad participaron en la obra de la Creación, así como todas las tres participaron en la obra de la redención y de la salvación del hombre.

El verbo utilizado por Juan fue *egeneto*, o sea, “hizo”. Todas las cosas se volvieron por medio de Él, por medio de Jesucristo. El verbo *egeneto* difiere del verbo en utilizado en el primer y en el segundo verso. Mientras en significa “era”, en un tiempo eterno, *egeneto* significa “hizo”, en un momento definido. Este verbo “*egeneto*” excluye entonces que Juan quisiera referirse a una creación eterna o continua. Juan describió que el mundo fue creado en un determinado momento, y que antes de la Creación el mundo no existía, mientras Dios existía desde siempre.

Para concluir, añado que en esta primera parte del tercer verso se afirma indirectamente que Jesucristo es el Creador del universo, la Causa Primera, Dios. Si, en efecto, el Verbo fuera un ser creado, no habría podido crear “todo”, sino que habría creado “todo excepto a sí mismo”. En cambio, Juan nos dice que el Verbo hizo “todo”.

Analicemos ahora la segunda parte del tercer verso del Evangelio de Juan:

y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.

Después de haber hecho una afirmación positiva, Juan hace énfasis en la parte negativa de tal afirmación. Las palabras “y sin él” se refieren inequívocamente al Verbo, o sea, a Jesucristo. La palabra griega “chōris”, significa “sin”.

Se afirma, por tanto, que sin el Verbo, o sea Jesucristo, nada de lo que existe fue hecho. Juan, escribiendo la palabra “chōris”, nos hace entender que el universo no tiene la posibilidad de auto crearse. No es posible que la materia se transforme en algo vivo, ni es posible que una célula se transforme en ser consciente sin que haya una voluntad creadora.

En este punto, sin embargo, alguien podría afirmar que como nada fue hecho de lo que existe sin la voluntad creadora del Verbo, él creó también el mal.

La Biblia, sin embargo, nos enseña que el mal tuvo origen del primer acto de no humildad efectuado por una creatura del Señor, la cual quiso suplantarse a Dios (Libro de Isaías 14 y Libro de Ezequiel 28, 12-18). Cuando luego el hombre desobedeció a Dios, el Señor, siendo perfectamente sagrado, no pudo hacer otra cosa que permitir que el hombre sufriera las consecuencias de su decisión. Luego de la separación del hombre de Dios, el hombre y el mundo se hundieron en el pecado y en el mal. Todo eso llevó a la necesaria venida de Dios al mundo en la persona de Jesucristo (Evangelio de Juan 1, 14), con el fin de redimir al hombre y restablecer su relación inicial con el Creador.

De esta segunda parte del tercer verso se deduce que el Verbo no fue hecho, y que todo lo que fue hecho,

no es el Verbo. Juan, en efecto, expresa el concepto de que antes de la Creación, el Verbo ya existía. Pero él mismo no fue hecho, era auto existente y, por tanto, era Dios. (Evangelio de Juan 1, 1).

De aquí se deduce también que el mundo no se auto creó. Por tanto, no es Dios. Es un error garrafal afirmar que la naturaleza es Dios. A veces se escucha la expresión “madre naturaleza”, como si la naturaleza fuese “madre” o como si la naturaleza fuese “Dios”. Es un error inducido por filosofías nueva era y panteísticas. Juan, en cambio, nos indica claramente que Dios es completamente distinto de su creación.

También esta segunda parte del tercer verso del Evangelio de Juan excluye que Jesucristo sea un ser creado. Si, de hecho, Él fuera un ser creado, no tendría sentido la frase: “*y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho*”, que significa que no hay nada en la creación que no tenga origen en Jesucristo. Por tanto, vemos que el Creador no puede ser creatura, ya que si Él fuera creatura, habría tenido que crear todo excepto a sí mismo, pero esto no es lo que Juan nos comunicó. Se deduce lógicamente que Jesucristo, siendo auto existente, es Dios, exactamente como lo es Dios Padre. Ambos, por tanto, son co-iguales y co-eternos. El Apóstol Pablo confirma este concepto en la Epístola a los colosenses (1, 16):

*Porque en él fueron creadas todas las cosas,
las que hay en los cielos y las que hay en la tierra,
visibles e invisibles;
sean tronos, sean dominios,
sean principados, sean potestades;
todo fue creado
por medio de él y para él.*

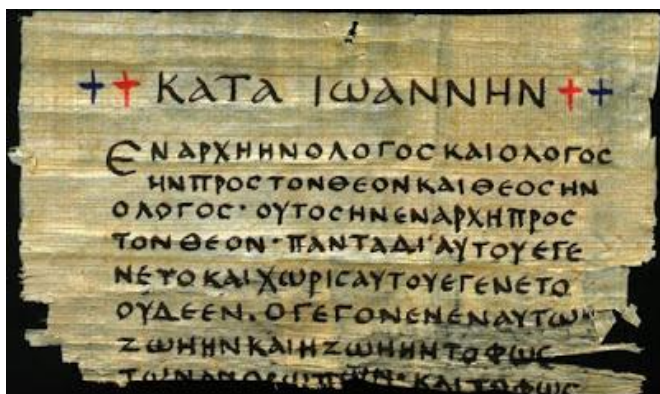
Volvamos a analizar la segunda parte del tercer verso del Evangelio de Juan:

y sin él nada de lo que ha sido hecho, existe.

Mientras el primer verbo de esta segunda parte del verso es “egeneto”, volverse, traducido por “fue hecho”, el último verbo utilizado es “gegonen”, traducido por “existe”. Juan se refiere a “lo que ahora existe”. Prácticamente Juan indica que todo lo que ahora existe deriva del poder creativo de Jesucristo. Este segundo verbo se encuentra en el tiempo perfecto y esto indica indirectamente que Jesucristo permite la existencia de cualquier cosa que nos circunda y de cualquier ser viviente. Es la Gracia la que nos sostiene, la que nos permite cada día despertarnos en la mañana, la que es causa de la germinación de las flores y del crecimiento de las plantas, de las cuales se alimentan los seres vivientes.

Imagen: Coronation Gospel.

El origen de la vida: análisis del cuarto verso del Evangelio de Juan



En los primeros tres artículos del estudio que hemos hecho sobre el Prólogo del Evangelio de Juan, evidenciamos que el Apóstol se concentró en comunicarnos la esencia misma del Verbo, la Palabra, el Logos eterno. Juan nos explicó la absoluta consustancialidad del Verbo con Dios Padre, y nos describió que el Verbo es el Creador de todas las cosas. Analicemos ahora el cuarto verso del Evangelio de Juan:

*En él estaba la vida,
y la vida era la luz de los hombres.*

Veamos la pronunciación correspondiente en griego:

En autó zoōee ēn kay hē zoōee ēn to phōos tōn anthrōpon

Observemos que el sujeto de la primera frase es “la vida”. Juan aquí no se refiere a la vida creada, sino al concepto absoluto de la vida. Este concepto absoluto pertenece solo a Dios. El otro concepto de vida es la

vida relativa de los seres vivientes, que fueron creados por Dios y que de Dios dependen. Naturalmente, Juan, después de habernos revelado en el tercer verso que “*todas las cosas por él fueron hechas*”, nos dice que “*en él estaba la vida*”. Obviamente, Juan, cuando escribe “él”, se refiere al Verbo, o sea al estado pre-encarnado de Jesucristo. Observemos que Juan no escribe “con él estaba la vida”, sino “en él estaba la vida”. La vida, por tanto, no era algo eternamente existente e independiente del Verbo, sino que más bien era algo completamente dependiente de él, desde siempre, desde la eternidad del pasado. Observemos además el uso del verbo *ēn*, con el cual Juan nos quiere comunicar que no ha existido nunca un solo instante en el cual el Verbo no tuviera vida en sí. Con este verbo, Juan nos quiere indicar que la vida que estaba ínsita en el Verbo no era como la vida que tenemos nosotros los seres humanos. Para nosotros, hubo un tiempo (antes del nacimiento) en el cual no teníamos vida, mientras él era la vida, desde siempre. A tal propósito, veamos un pasaje del Evangelio de Juan donde Jesucristo mismo corrobora este concepto. Evangelio de Juan (14, 6):

Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.

Por tanto, para Jesucristo, la vida no es una cualidad externa, sino que es parte de la esencia misma de su persona. Es él el Creador, el autor de la vida. El hombre puede construir cohetes para explorar la inmensidad del cosmos, pero no puede crear la vida desde cero. Puede solo utilizar y modificar células o aminoácidos ya existentes y ya “en vida”, pero no puede crear realmente la vida. El hombre quisiera hacerlo, pecando de sabiondez, pero no puede, ya que

para el hombre la vida es algo externo que no le pertenece.

Analicemos ahora la palabra “zooe” que se traduce en italiano por “vida”. Hay algunas palabras que derivan de “zooe”; por ejemplo, zoología, o sea el estudio de los animales, que son seres vivientes. En práctica, “zooe” es la vida física, o bien, lo que tenemos cuando no hemos muerto.

En griego existen dos términos que se refieren a la vida: “zooe” y “bios”, del cual derivan las palabras biografía, biología. La diferencia entre estos dos términos es que zooe se refiere al principio vital, mientras que bios se refiere al periodo vital de un ser viviente, o sea, a su vida física. Esta consideración sirve para entender que Juan, usando la palabra “zooe”, quería indicar que el Verbo (Jesucristo) era la vida misma y que no podría hacer lo que hizo (o sea “todo”, tercer verso del Prólogo) si la vida no hubiera estado en él.

A pesar de eso, en los escritos de Juan, zooe significa también “vida espiritual”, del mismo modo que la palabra “muerte” es usada para describir la condición pecaminosa del hombre. La “vida” es entonces entendida como “vida espiritual” opuesta a la “muerte espiritual”. En la vida del hombre pecador y no renacido están el pecado y la muerte, mientras que después de la muerte física del hombre que ha renacido en Cristo están la santidad y la vida, la verdadera vida.

La vida espiritual es la descrita por Juan en la segunda parte de este verso, y quien la acepta, renace en Cristo y, por tanto, entra en la “verdadera vida”.

Aquí nos encontramos de frente a las dos palabras “vida” citadas en el cuarto verso. Pero mientras el primer término no está precedido por un artículo, el segundo término está precedido por el artículo hē.

¿Por cuál motivo se omite el artículo en la primera frase? El experto en lengua griega William Edward sostiene que la omisión del artículo señala que la ausencia de definición o limitación se refiere al carácter general del término (1).

En la primera frase, entonces, cuando Juan omite el artículo, nos dice que la vida era una de las características generales del Verbo, o sea de Jesucristo en su estado pre-encarnado. En Jesucristo, por tanto, siempre existió la vida, mientras el hombre, en cambio, nace físicamente con vida, pero espiritualmente está muerto, hasta que no acepta “la vida”, o sea a Jesucristo como su único Señor y Salvador.

Es como si la vida de Dios fuera puesta a disposición del hombre. De ahí que en la segunda parte del cuarto verso Juan inserte el artículo antes de la palabra “vida”, y lo hace porque en este caso no se refiere ya a un concepto absoluto y general, sino más bien a uno tangible y particular que el hombre puede aceptar. En práctica, la vida de Cristo puede pertenecer al hombre; la verdadera vida puede pertenecer al hombre por medio de la fe en Jesucristo. Veamos, a tal propósito, algunos pasajes del Evangelio de Juan:

(6, 47)

De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna.

(6, 53)

Entonces Jesús les dijo: “En verdad les digo, que si no comen la carne del Hijo del Hombre y beben Su sangre, no tienen vida en ustedes”.

Concentrándonos en el significado espiritual del término “vida”, vemos que cuando el creyente acepta a Jesucristo como su único Señor y Salvador, la vida

de Jesús se vuelve su vida. La nueva vida del cristiano no es una simple repetición de ciertos ritos y/o celebraciones, sino que implica un total cambio de paradigma (Evangelio de Juan 21, 6). Por tanto, cuando aceptamos a Jesucristo, no solamente iniciamos una fase de nuestra vida, sino que obtenemos la “verdadera vida”, o bien, renacemos. A tal propósito veamos un pasaje de la Epístola a los Gálatas de Pablo de Tarso (2, 19-20):

Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.

Analicemos ahora la segunda frase del cuarto verso:

y la vida era la luz de los hombres.

Ya hemos visto que en esta segunda frase la palabra “vida” se refiere a la vida espiritual, a la que podemos obtener con la conversión, o sea con la aceptación de Jesucristo como nuestro único Señor y Salvador. Sin embargo, notemos que Juan introduce otra palabra: “phoos”, o bien, luz.

¿Qué es la luz? Está la luz física, la creada por Dios (Génesis 1, 3), y está la luz espiritual, a la cual Juan alude en este caso.

La vida y la luz están presentes en esta segunda frase del cuarto verso en sentido espiritual. Solo una persona viva espiritualmente puede sentir la verdadera luz, que es el Señor. Entonces Juan nos quiere comunicar que el hombre, si quiere percibir la verdadera luz, debe primero tener la vida, o sea haber renacido. Sin la vida de Dios, el hombre estará

siempre en la oscuridad completa y, por tanto, no podrá nunca percibir la verdadera luz. Cabe notar que está el artículo antes del término “luz”; por tanto, Juan se refiere a un concepto que el hombre puede llegar a concebir.

Inicialmente, la luz de Dios en su plenitud fue puesta a disposición del hombre, pero el hombre, con el pecado original, perdió esta posibilidad y decidió pecar, o sea, cumplir el primer acto de no humildad, escogiendo así la oscuridad. El envío del Hijo a la tierra sirvió para dar la oportunidad al hombre de volver a tener la posibilidad de percibir la luz. Sin embargo, antes de percibir la luz, el hombre debe obtener la vida, creyendo en el sacrificio del Hijo de Dios para la salvación de la humanidad.

Notas:

1-Gramatica del idioma griego, Vol. 2, pag. 124

Imagen: principio del Prologo di Juan (fragmento de manuscrito antiguo).

La luz resplandece en las tinieblas: análisis del quinto verso del Evangelio de Juan



Hasta ahora hemos visto que Juan quiso describir la esencia del Logos, el Verbo, su comunión eterna con Dios Padre y algunas de sus características. Por ejemplo, en el tercer verso del Prólogo se indica que el Verbo creó “todo”, y de eso se deduce que es la Causa Primera.

En el cuarto verso se subraya que el Verbo es la vida misma y, además, se señala que la vida espiritual en Cristo puede pertenecer al hombre con la conversión. Ahora analicemos el quinto verso del Evangelio de Juan:

La luz en las tinieblas resplandece,

y las tinieblas no prevalecieron contra ella.

Veamos la pronunciación correspondiente en griego:

kai to phōs en tē skotia phainei kay hē skotia auto ou katelaben

La primera parte del verso se refiere a la luz eterna de Cristo. El verbo “phainei”, o sea, “resplandece”, está en presente indicativo durativo del verbo “phainoo”, que significa “resplandecer”.

Con esto, Juan nos quiere expresar que la luz de Cristo no comenzó a brillar a partir de la Encarnación, sino que ha brillado desde la eternidad del pasado.

En cierto sentido, sin embargo, la luz de Jesucristo ha brillado de una forma especial después de la caída del hombre, y de forma todavía más especial después de la Encarnación. Además, en esta primera parte del verso, notamos que Juan quiere resaltar que la luz de Jesucristo brilla independientemente del hecho de que algunos hombres no la acepten. Obviamente, muchas personas han repudiado la misión salvadora de Jesucristo, y esto se deduce de muchos pasajes bíblicos; por ejemplo, del Evangelio de Juan (3, 19):

Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas.

Sin embargo, aunque muchos han negado que Jesucristo es la luz verdadera, esta continúa brillando. Es un poco como una persona que se recluye en una caverna y no quiere salir al aire libre para contemplar el sol. Aún si esta persona se queda toda la vida dentro de la caverna, el sol no cesará de brillar.

No obstante, la luz sirve para vencer la oscuridad. Dios sabía que el hombre escogería las tinieblas y por esto decidió enviar a su Hijo, la luz verdadera, que resplandece en medio de la oscuridad.

Observemos que tanto frente a la palabra “luz” como frente a la palabra “tinieblas” está el artículo definido. Juan, en efecto, está describiendo la luz específica de Jesucristo y las tinieblas que vinieron a este mundo luego del pecado y de la muerte.

Analicemos ahora la palabra griega “skotia”. La traducción correcta es “tinieblas”, “oscuridad”, pero en sentido figurado esta palabra significa “las consecuencias del pecado” (1) (2).

Veamos el pasaje siguiente de la Primera Epístola de Juan (2, 10-11):

El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo. Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos.

El hombre, en efecto, es pecador en cuanto, habiéndose alejado de Dios, siente odio hacia su prójimo. Por el contrario, si el hombre está en comunión con Dios, siente amor hacia su prójimo. La primera parte del quinto verso del Evangelio de Juan, “*la luz en las tinieblas resplandece*”, significa por tanto que la luz resplandece en la oscuridad que se formó luego de las consecuencias del pecado.

Obviamente, una de las consecuencias del pecado es el autoengaño. El hombre se engaña solo pensando que puede ver, o sea, que puede, a través del conocimiento, alcanzar la “plenitud de Dios”, o que incluso puede, mediante su “luz personal”, alimentar su felicidad. Pero esta condición de pedantería no le permite ver la luz verdadera; lo nubla, lo confunde.

Veamos ahora la segunda parte del verso:

y las tinieblas no prevalecieron contra ella.

Una vez más, encontramos la palabra “skotia”, o sea, tinieblas. Aquí puede entenderse como: corrupción, pedantería, autoengaño, presunción, alejamiento del hombre de Dios y, en suma, muerte espiritual, como consecuencia del pecado.

En todo caso, Dios no es responsable del pecado. Dios no creó la oscuridad o las tinieblas, y ni siquiera hizo al hombre pecador para después poderlo salvar. El pecado no proviene de él, sino de la libre elección del hombre. Adán y Eva creyeron que la consecuencia de su elección los llevaría al perfecto conocimiento y, en cambio, su decisión los llevó a la muerte. En efecto, según la Epístola a los romanos (6, 23):

Porque la paga del pecado es muerte, más la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.

¿A qué se refiere Juan cuando escribe: “*y las tinieblas no prevalecieron contra ella*”? Juan, escribiendo “las tinieblas”, se refiere a las consecuencias pecaminosas de los hombres que repudiaron la luz. Ellos, los pecadores, son las “tinieblas”, pero no han podido vencer la “luz” porque esta resplandece y continuará resplandeciendo.

¿Qué significado tiene el verbo “katelaben”? El primero es capturar o, por extensión, vencer. El segundo es comprender, entender. El tercero es acoger.

Por tanto, la frase en cuestión significa que quienes repudiaron la Gracia que Jesucristo nos ha ofrecido, no han podido ni siquiera entenderla, no la podrán acoger y no la podrán tampoco vencer.

Desde siempre, el ladrón tiene necesidad de la oscuridad para perpetrar su hurto. Y el asesino tiene necesidad de la oscuridad para llevar a cabo su delito. La luz, por tanto, es enemiga de las tinieblas porque pone al descubierto las obras de las tinieblas. Quien repudia el Evangelio no solo no lo comprende, sino que lo odia e intenta todo lo posible para desmentirlo. Se han llevado a cabo innumerables tentativas para extinguir la luz de Jesucristo, pero todas han fallado miserablemente. La luz continúa resplandeciendo, a pesar de estos miserables ataques. Y mientras continúe resplandeciendo, habrá alguien que las combatirá.

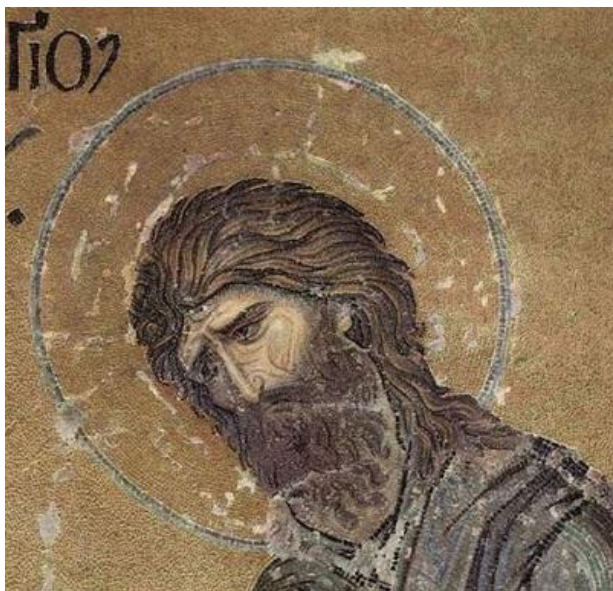
Notas:

1-Según el Biblico-Teological Lexicon of New Testament Greek, T&T Clark, 1954, pp.866-867

2-Mientras la palabra “skotos” significa pecado.

Imagen: Papyrus 66

El precursor del Mesías: análisis del sexto verso del Evangelio de Juan



En los primeros cinco versos de su Prólogo, Juan nos comunica que la “Palabra”, el “Verbo”, o sea Jesucristo, es Dios. Presenta el Verbo como Creador de todo lo que existe, el origen de la vida y la luz del mundo.

Del sexto al octavo verso, el Evangelista Juan hace una pausa. En estos tres versos no describe el Verbo eterno, sino a un simple hombre enviado por Dios: Juan el Bautista.

Primero que todo, veamos el sexto verso:

*Hubo un hombre enviado de Dios,
el cual se llamaba Juan.*

Veamos el correspondiente en griego:

*Egeneto anthrōpos apestalmenos para Theou onoma autō
Iōannēs*

Después de cinco versos dedicados a comunicarnos la esencia misma del Verbo eterno, Juan empieza a describir a un simple hombre, Juan el Bautista, casi para hacer énfasis en que, por el contrario, Jesucristo no era un simple hombre. El Evangelista Juan está empezando lentamente el recorrido que lo llevará, en el verso decimocuarto, a describir el evento fundacional del Cristianismo, o sea, la Encarnación del Verbo. Para hacerlo, empieza describiendo una simple persona como Juan el Bautista, indicando cuál fue su misión.

Juan el Bautista llega casi cuatrocientos años después de Malaquías. Es natural que, dado su gran personalidad, alguien hubiera podido pensar que él mismo era el Mesías.

Pero el Evangelista Juan nos indica con mucha precisión que Juan el Bautista no era divino, no tenía ninguna cualidad sobrenatural.

En efecto, Juan el Bautista en ninguna ocasión quiso pasar por quien no era. En cambio, era humilde, pero firme en su misión de precursor. ¿Por qué el Evangelista Juan tiende a disminuir la figura del Bautista en comparación con la persona de Jesucristo? Una primera respuesta podría ser que, como el Evangelista quiere mostrar la plena Divinidad de Cristo, cualquier otra figura humana, en su presencia, debe necesariamente ocupar un rol menor.

Pero hay también otra razón. Durante el período en que el Evangelista estaba describiendo su Evangelio, hacia el fin del primer siglo en Éfeso, en Asia Menor (actual Turquía), había una secta judaica que se

denominaba emero-bautistas (1), o bien “quienes se bautizaban diariamente”.

Entre ellos había quienes daban una gran importancia a Juan el Bautista.

Fue justamente por este hecho que el Evangelista Juan quiso recalcar en algunos de sus versos el hecho de que Juan el Bautista era un simple hombre que no se debía confundir con Jesucristo, el Verbo eterno.

Como hemos visto, el verso inicia con las palabras griegas “Egeneto anthrōpos”. El verbo “egeneto” indica una acción puntual y definida, y significa “vino”, “llegó”. Este verbo difiere profundamente del verbo “en” (imperfecto durativo de “eimi”, o sea “ser”). El verbo “en” fue usado para indicar la eternidad de Jesucristo, mientras que el verbo usado para describir la aparición de Juan el Bautista se encuentra en la forma llamada aoristo, refiriéndose a un hecho histórico preciso. Juan el Bautista empezó a existir desde su nacimiento, mientras que Jesucristo existe desde siempre, ya que era Dios antes de que apareciera en forma humana.

Obviamente, esta afirmación contrasta, por ejemplo, con la tercera parte del primer verso:

y el Verbo era Dios

En efecto, el Evangelista nos indica, en cambio, que Juan el Bautista era solo hombre.

Regresemos ahora a la primera frase del sexto verso:

Hubo un hombre enviado de Dios

Algunas personas piensan que los Apóstoles fueron solamente las personas que Jesucristo eligió durante su predicación. Pero en el sexto verso del Evangelio de Juan se utiliza la palabra “mandado o enviado”,

“apestalmenos” en griego. Observen que esta palabra deriva del verbo “apostelloo”, que significa justamente “Apóstol”.

En realidad, la palabra “apostelloo” es la unión de apo (“de” o “afuera”) y la palabra “stello” que significa “enviar”.

Un Apóstol no se representa a sí mismo, sino que representa a quien lo ha enviado. Juan el Bautista fue enviado por Dios y no buscó nunca gloria personal. Al contrario, su misión era la de testimoniar la luz, como se verá en el verso sucesivo. La actitud de Juan el Bautista fue siempre la de testimonio de la misión salvadora de Jesucristo y nunca adoptó un comportamiento presuntuoso o pedante. Veamos algunos pasajes del Evangelio de Juan:

(Juan 1, 29-34):

El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: Después de mí viene un varón, el cual es antes de mí; porque era primero que yo. Y yo no le conocía; más para que fuese manifestado a Israel, por esto vine yo bautizando con agua. También dio Juan testimonio, diciendo: Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él. Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, aquél me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios.

(Juan 3, 28-30):

Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de él. El que tiene la esposa, es el esposo; mas el amigo del esposo, que está a su lado y le oye, se goza grandemente de la voz del esposo; así pues, este mi

gozo está cumplido. Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe.

La llegada de Juan el Bautista fue anunciada aproximadamente cuatro siglos antes por el profeta Malaquías. Veamos el pasaje del libro correspondiente (3, 1):

He aquí, yo envío a mi mensajero, y él preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, el mensajero del convenio en quien vosotros os complacéis. He aquí, viene, ha dicho Jehová de los ejércitos.

Juan el Bautista fue enviado por Dios mismo. Incluso si no fue elegido por Jesucristo, Juan el Bautista era un Apóstol. Pero el Evangelista Juan reafirma que era “hombre” con el fin de diferenciar su obra, aunque importante, de la salvadora de Jesucristo.

Después de esto, el Evangelista nos da su nombre. Este nombre, Juan, no le fue dado al niño por sus padres, sino que le fue asignado directamente por Dios. Veamos el verso correspondiente, Evangelio de Lucas (1, 13):

Pero el ángel le dijo: Zacarías, no temas; porque tu oración ha sido oída, y tu mujer Elisabeth te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Juan.

Además, recordemos que el nombre Juan significa “regalo misericordioso de Dios”.

Imagen: óleo bizantino de Juan el Bautista

La misión del Bautista: análisis de los versos séptimo y octavo del Evangelio de Juan



En el sexto verso del Evangelio de Juan vimos que el Evangelista se detiene para señalar a la persona de Juan el Bautista. Ahora, en el séptimo verso está descrita la misión del Bautista.

¿Cuál fue el propósito por el cual el Bautista vino al mundo? ¿Quizás para realizar milagros? No, ya que en el cuarto Evangelio se lee: (10, 41):

Y muchos venían a él, y decían: Juan, a la verdad, ninguna señal hizo; pero todo lo que Juan dijo de éste, era verdad.

El Bautista no hizo milagros, sino que fue elegido por Dios para mostrar a los hombres el Mesías, Jesucristo. Veamos el verso (1, 7):

Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él.

Veamos la pronunciación en griego del verso en cuestión:

Houtos êlthen eis martyrian hina martyresē peri tou phōtos hina pantes pistensōsin di' autou

Leyendo el verso 1, 7 parece que el Evangelista se repite: en efecto, está escrito “*vino por testimonio*” y luego está escrito “*para que diese testimonio*”.

Estas dos afirmaciones en realidad no son para nada una repetición, como alguien apresuradamente ha aseverado.

La primera afirmación se refiere al hecho de que Juan el Bautista vino por “testimonio”. Entonces se refiere a su carácter, a su moralidad, a su serenidad como persona.

Un testimonio debe necesariamente ser una persona con sólidos preceptos morales y el precursor de Jesús lo era ciertamente.

La vida y la conducta moral de Juan el Bautista eran irreprochables, de modo que su testimonio podía ser aceptado y reconocido como veraz.

¿Por cuál razón Juan el Bautista es considerado un hombre correcto y moralmente justo? Por su conducta de vida. Y es Jesús mismo quien nos dice que Juan el Bautista fue el hombre más grande de todos los tiempos, en el Evangelio de Mateo (11, 11):

De cierto os digo: Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista; pero el más pequeño en el reino de los cielos, mayor es que él.

Aunque Jesús nació de mujer, en realidad ha existido desde siempre (Evangelio de Juan, 1, 1). Por tanto, Jesús, no siendo un simple hombre, no entra en la categoría de los “nacidos de mujer”.

El objetivo de la llegada al mundo de Juan el Bautista se deduce del verso 1, 7. La primera parte del verso podría expresarse de esta manera: “Él vino para ser testimonio”. ¿Cómo puso en práctica “el ser testimonio”?

Lo hizo seguramente con su vida, con sus actos, pero sobre todo con las palabras. Las palabras son fundamentales en la vida del hombre porque suscitan emociones, impulsos irracionales, reflexiones. Las palabras pueden suscitar la conversión si se pronuncian en el contexto adecuado y con el tono de voz apropiado, porque tocan el corazón.

Juan el Bautista se presentó como la voz que grita en el desierto (retomando la profecía de Isaías, 40, 3), Evangelio de Mateo (3, 3):

*Pues éste es aquel de quien habló el profeta Isaías, cuando dijo:
Voz del que clama en el desierto:
Preparad el camino del Señor,
Enderezad sus sendas.*

Además Juan el Bautista dio su testimonio que Jesucristo es el Cordero de Dios, como se puede ver en los versículos del Evangelio de Juan (1, 29-34).

En la segunda frase del verso 1, 7 está la palabra “hina”, que significa “con el fin de” y la sigue la

palabra “martyrēsē”, en el tiempo aoristo. Significa “con el fin de dar testimonio”.

Pero luego está escrito: “a la luz”. ¿Cuál es la luz a la que se refiere el Evangelista?

Sin duda, hace referencia al Cristo eterno, a la luz eterna a la cual el Evangelista se refirió en el quinto verso de su Prólogo. La palabra “luz” se usa aquí en el sentido absoluto, como en el quinto verso.

Pero, ¿la luz necesita quizá que alguien la señale? No realmente, ya que como no hay necesidad de señalar el esplendor del sol, del mismo modo no hay necesidad de señalar la Luz eterna de Cristo, que continúa brillando, prescindiendo de todos quienes la reconocen como tal.

El hecho, por tanto, de que Juan el Bautista vino para dar testimonio sobre la Luz eterna de Cristo, no quita de ninguna manera el poder de la luz de revelarse de modo autónomo. Sin embargo, había necesidad de que Juan el Bautista diera el testimonio de la Luz eterna encarnada en el hombre Jesús.

Los seres humanos habían caído en tal oscuridad y perversión que eran casi del todo incapaces de comprender el lado espiritual de la Revelación de Dios. Viendo al Jesús hombre, muchas personas no reconocieron en él al Jesús eterno, al Verbo encarnado. Era necesario, por tanto, que Juan el Bautista diera su testimonio, indicando que más allá del hombre Jesús estaba el Jesús eterno.

El testimonio de Juan el Bautista debe también servirnos de enseñanza. Si nosotros no testimoniamos la luz eterna de Jesús como hizo Juan el Bautista, muchas personas no podrán llegar a concebir y a contemplar su esplendor.

Pero, ¿quién es aquel que puede testimoniar la Luz eterna de Cristo?

A un testimonio se le pregunta si ha vivido una situación sobre la cual se intenta comprender lo que ha sucedido en realidad. Del mismo modo, quien testimonia a Cristo debe haber estado expuesto a la Luz de Dios, con el fin de poderla divulgar. Solo el hombre que conoce a Cristo puede contar a otros sobre él. Solo quien conoce a Cristo puede testimoniar a Cristo.

Ahora analicemos las últimas dos frases del séptimo verso del Prólogo del Evangelio de Juan:

para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él.

Testimoniar a Jesús no siempre lleva a la conversión de quien escucha. La conversión se lleva a cabo por medio del Espíritu Santo. Nosotros, como seres humanos, debemos testimoniar a Jesús, del mismo modo como lo hizo Juan el Bautista, pero la completa conversión, siendo obra del Espíritu Santo, no depende de nosotros.

Sin embargo, ¿por qué en el séptimo verso está escrito “para que todos creyeran por medio de él”? La palabra usada es *pantes*. Sabemos que la fe es personal. Aunque un predicador difunda el Evangelio, no puede hacer que alguien acepte la fe por otros. Cada uno la acepta por sí mismo, ya que la fe es personal. Si se fuerza a un grupo a creer, podría suceder que la fe se diluya y la creencia se convierta en un simple formalismo, pero no es realmente vivida por el fiel.

Según algunos lingüistas expertos en gramática griega (1), *pantes* puede significar “cada uno”, equivalente a la palabra griega *hekastos*.

¿Quiénes serían estos “todos” o quién sería “cada uno”? Son todos quienes podían escuchar a Juan el Bautista y, por extensión, todos los habitantes de la

tierra. Dios, en efecto, no quiere que nadie se pierda y quiere que todos se salven. Veamos a tal propósito este pasaje de la Primera epístola a Timoteo (2, 4):

el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad.

Dios no quiere que ninguno se pierda, pero lamentablemente no todos aceptarán su palabra. En efecto, veamos este verso del Evangelio de Mateo (22, 14):

Porque muchos son llamados, y pocos escogidos.

En todo caso, el testimonio del Bautista tenía que estar obligatoriamente dirigido a todos porque él no sabía quién se opondría a su testimonio o quién objetaría el Evangelio.

La frase “para que todos creyeran” (la palabra en griego es *pisteusōsin*), se refiere naturalmente a reconocer que Jesucristo es el Verbo encarnado. Significa aceptar a Cristo como nuestro único Señor y Salvador.

Para concluir, las palabras “por medio de él” se refieren a Juan el Bautista, en el sentido que él dio testimonio de Jesucristo.

Veamos ahora el octavo verso del Prólogo del Evangelio de Juan:

No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz.

Veamos la correspondiente pronunciación en griego:

Ouk ēn ekeinos to phōs all' hina martyresē peri tou phōtos

En este verso, el Evangelista corrobora que el Bautista no es la luz eterna, sino que vino para testimoniar la luz. Como se ve, el primer verbo utilizado en negación es el verbo *en*. Es el imperfecto durativo del verbo *eimi* (“ser”) que, cuando es utilizado en los primeros 18 versos del Prólogo del cuarto Evangelio en referencia a Cristo, indica su eternidad. Por tanto, el Evangelista nos dice que el Bautista no era, de ningún modo, “la luz”. Sin embargo, hay un punto del cuarto Evangelio que podría generar confusión a las personas poco atentas.

Veamos el pasaje (5, 35):

Él era antorcha que ardía y alumbraba; y vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz

En realidad, mientras la luz de Cristo se expresa con la palabra *phos*, o sea la luz más resplandeciente que podamos imaginar, la palabra usada para “antorcha”, para describir al Bautista en (5, 35) es *luchnos*, o sea una lámpara manual alimentada por aceite. La diferencia es fundamental. La primera luz es eterna, infinitamente resplandeciente; la segunda, aunque produce luz, es temporal. Juan el Bautista, por tanto, no habría podido hacer nunca lo que hizo Jesucristo. El Bautista vino con el fin último de dar testimonio de la luz.

Nota:

1-Léxico greco-inglés, séptima edición, New York, 1889, pág. 1160.

Imagen: Papyrus 28

La luz verdadera: análisis del noveno verso del Evangelio de Juan



En los primeros cinco versos del Prólogo al cuarto Evangelio, Juan ha descrito el Logos, el Verbo, Jesucristo. Ha resaltado su eternidad y lo ha definido Vida y Luz.

En el sexto y en el séptimo verso, el Evangelista ha presentado al hombre que ha testimoniado la llegada de Cristo, o sea Juan el Bautista. En el verso octavo, el Evangelista aclara definitivamente que no debemos confundir a las dos personas. Juan el Bautista fue un gran hombre; Jesucristo, siendo el Verbo encarnado, es eterno.

Del noveno al decimotercer verso, el Evangelista vuelve a describir el Verbo, el propósito de su misión y la acogida que algunos hombres le dieron.

Analicemos el noveno verso del Prólogo:

Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre,

venía a este mundo.

Veamos su correspondiente en griego:

*Ἐν τῷ φῶς τῷ ἀληθινῷ ὃ φωτίζει πάντα ἀνθρώπον
ἐρχομένον εἰς τὸν κόσμον*

Para comprender el noveno verso debemos, primero que todo, determinar su sujeto: el Verbo. Es como si dijera “el Verbo era la luz verdadera”.

Una vez más, el verbo utilizado aquí es “en”, que es usado varias veces para describir la eternidad de Jesucristo. Por tanto, es como si dijera “Jesucristo ha sido desde siempre la Luz eterna”.

Justo después está el adjetivo “verdadera”. La palabra griega es “aleethinon”, usada veintidós veces en los escritos de Juan, pero solo cinco veces en el resto del Nuevo Testamento.

En este caso, “aleethinon” significa “genuina, perfecta”. No se debe confundir con “aleethees”, que significa “veraz”. Aquí Juan no estaba afirmando que Jesús se expresa de modo veraz, sino que Jesucristo es la luz genuina, perfecta, original, verdadera y no solo por su sustancia divina, sino por su eternidad.

Esto contrasta también con la luz de Juan el Bautista, quien no emitía luz propia, sino reflejada, temporal.

Todo esto, según el teólogo griego Spiros Zodhiates, tiene una relación con la doctrina de la salvación. Ningún hombre puede salvar, ya que ningún hombre puede expiar el pecado de otros. Solo quien es la Luz eterna, verdadera, perfecta y original puede salvar (puede, por tanto, dar la vida eterna), ya que es la esencia misma de la vida.

Analicemos ahora la frase “*aquella que venía a este mundo*”. ¿Por qué el Evangelista Juan escribió “venía” y no “vino”?

En realidad, Juan se refiere a algo que está por suceder. Usa el participio “erchomenon”. El Evangelista describe algo que está a punto de ocurrir. La eternidad estaba entrando en la historia, como se describirá en el decimocuarto verso del Prólogo.

“Erchomenon” significa “venía” e indica voluntariedad. Esta situación se diferencia de cuando un simple ser humano viene al mundo. Ningún ser humano viene de una existencia anterior. Cristo, en cambio, tuvo una existencia anterior, eterna, ya que existía desde siempre.

Pero, ¿cuál era el propósito de la llegada de la Luz verdadera al mundo? Analicemos la frase “que ilumina a cada hombre”. La palabra utilizada en el texto griego es “phōtizei”, que deriva de la palabra “phoos”, luz.

Es como si Juan nos hubiera querido comunicar que Jesucristo quiso hacerse hombre para ser uno de nosotros, iluminar nuestro camino tortuoso con su luz verdadera. El tiempo “phōtizei” está en presente indicativo.

Mientras “era”, en griego “en”, está en un “pasado eterno”, y “erchomenon” es un futuro inminente, “phōtizei” está en presente. ¿Por qué?

Se piensa que Juan quiso indicar en este verbo el pasado, el presente y el futuro, y que quiso enfatizar que la Luz eterna de Cristo iluminó a todos los seres humanos desde siempre en forma conocida, desconocida e incluso inconcebible.

En este sentido, la acción de Jesucristo se extiende en el pasado hasta los orígenes del hombre, y en el futuro hasta el fin de los tiempos. Esto se explica también con la revelación progresiva de la Biblia, la Palabra de Dios. Jesús apareció como un Ángel de Dios en el Antiguo Testamento, y ahora estaba a punto de aparecer en forma humana.

La aparición de Cristo en forma humana, sin embargo, no significa que su luz no iluminó a los hombres en el pasado. Y no significa que no iluminará a los hombres en el futuro.

Regresemos al presente indicativo “phōtizei”, o sea “ilumina”.

Hemos visto que esta acción de la Luz eterna de Cristo se extiende en el pasado y en el futuro. El presente es, por tanto, el momento más apropiado para recibirla. Este concepto se deduce también de la Segunda epístola a los corintios (6, 2):

Porque dice:

En tiempo aceptable te he oído,

Y en día de salvación te he socorrido.

He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación.

Además, el tiempo presente indica que la Luz verdadera no es intermitente. No ilumina por un rato y luego se extingue. Su acción es constante, hasta el fin de los tiempos. Nadie, por tanto, puede culpar a Jesucristo por haberse perdido o por haber pecado contra Dios. La luz eterna y verdadera los ilumina a todos y para siempre.

Puede ser que la modalidad de la luz haya variado, pero desde siempre la Luz ha brillado, ha iluminado.

A veces a través de la naturaleza, como se explica en la Epístola a los romanos (1, 19-21):

porque lo que de Dios se conoce les es manifestado, pues Dios se lo manifestó.

Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa.

Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido.

O a través de la consciencia, como se explica en la Epístola a los romanos (2, 14-16):

Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos, en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio.

O mediante la Encarnación y la revelación directa de Jesucristo.

El hecho, sin embargo, de que la Luz eterna de Cristo ilumina a cada hombre, ¿significa tal vez que Cristo los salva a todos automáticamente?

En el décimo, undécimo y duodécimo verso, Juan nos muestra dos distintas clases de personas. Aquellos que repudian a Cristo y aquellos que lo aceptan.

La luz eterna de Cristo se difunde en el espíritu de cada hombre, pero esto no significa que cada hombre la acepte y, por tanto, no significa que cada hombre se haya regenerado en el espíritu y, por tanto, salvado. La luz ilumina a cada hombre, pero no cada hombre la acepta.

La aceptación de la luz eterna de Cristo es el primer paso de la plena reconciliación del hombre con Dios.

Sin el descenso de la Luz verdadera del cielo, el hombre no podría reconciliarse plenamente con Dios.

El descenso de la Luz es la Encarnación, que Juan describirá en el decimocuarto verso.

Cuando la Luz descendió entre nosotros, nos reveló nuestros pecados (los sacó a la luz). Nadie puede, por tanto, esconderse de la luz.

La Luz ilumina “a cada hombre”. En griego se utilizan los términos “panta” (todos, cada) y “anthroopon” (hombre).

Juan no escribe “pantas antrhoopous”, o sea “a todos los hombres”, sino que escribe “a cada hombre”.

El evangelista hace énfasis en los miembros individuales de la comunidad humana. No se refiere al conjunto de los hombres, sino “a cada hombre”. En efecto, Dios salva a personas, en su individualidad, no salva pueblos o grupos de personas.

Imagen: Cristo enseña a Nicodemo, Crijn Hendricksz Volmarijn.

Veamos el décimo verso del Prólogo:

*En el mundo estaba,
y el mundo por él fue hecho;
pero el mundo no le conoció.*

Veamos el correspondiente en griego:

*En tō kosmō ēn kai ho kosmos di' autou egeneto kai ho
kosmos auton ouk egnō*

En el noveno verso vimos que el Evangelista utiliza el verbo “erchomenon”, o sea, “venía”. Pero en la primera parte del décimo verso utiliza el verbo “en”, o sea, “estaba”, el imperfecto durativo del verbo “eimi” que, como hemos visto varias veces, se refiere, en el Prólogo, a la eternidad de Cristo.

La palabra “kosmos” (mundo) tiene múltiples significados. En este caso se refiere al universo, al conjunto del espacio físico donde están incluidos el sol y la tierra.

La frase “estaba en el mundo” puede entenderse como “Cristo no se separó nunca de su creación”. Al contrario, siempre se ocupó con amor de lo que creó, y continúa con su acción manteniendo la armonía y el orden. Cristo, por tanto, no solo creó el mundo, sino que continúa siendo su fuerza sustentadora.

Este concepto está expresado también por Pablo de Tarso en la Epístola a los colosenses (1, 17):

*Y él es antes de todas las cosas,
y todas las cosas en él subsisten.*

La palabra griega original para “subsistir” es “sunesteeken”, que significa “mantener unido”.

El “kosmos” es, justamente, un conjunto ordenado de formas que subsisten en armonía.

Pensemos un momento en la tierra que gira alrededor de sí misma y del sol, en la luna que causa las mareas, en las plantas que crecen y producen hojas y frutos de los cuales se alimentan los animales. Es un conjunto armónico, contrapuesto al caos, o sea, al desorden.

Este concepto está expresado también en la Epístola a los hebreos (1, 3):

El cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas,

“Sustenta todas las cosas”, o sea, el universo, está expresado en griego con las palabras “pherōn te ta panta”.

Mientras que en los versos precedentes del Prólogo se deduce que Cristo existía antes de la creación (1,1) y que él creó el universo (1, 3), en esta primera parte del décimo verso se afirma que él sostiene el universo.

Esto, obviamente, no debe ser malinterpretado con el panteísmo. Que Cristo esté en el mundo, o sea, que se ocupe de su creación, no significa que él “sea el mundo”. La naturaleza no es Dios como algunos erróneamente creen, sino que es simplemente una creación de Dios.

En la segunda parte del décimo verso está escrito: “y el mundo por él fue hecho”. El verbo utilizado aquí es “egeneto”, o sea, “crear, hacer, entrar en existencia”. Es el mismo verbo utilizado en el tercer verso del Prólogo.

Juan, por tanto, usa “egeneto” cuando quiere referirse a un hecho histórico que sucedió en un determinado

momento, la creación del mundo. Prácticamente, Juan ratifica lo que afirmó en el tercer verso.

En la última parte del décimo verso está escrito: “pero el mundo no le conoció”.

La palabra “kosmos” se usa también para referirse al conjunto de los seres humanos, o sea, la humanidad (1).

Las palabras griegas traducidas “no le conoció” son “ouk egnō”. Es el tiempo aoristo del verbo “ginoosko”, “conocer”. Significa “conocer por observación” y difiere del verbo “eidenai”, que significa “conocer por reflexión”. Prácticamente, esta tercera frase del décimo verso significa que cuando el Verbo se encarnó en la persona de Jesucristo, fue observable, visible, pero a pesar de eso, la humanidad (el mundo) en su conjunto no le conoció como el Cristo eterno, el Logos.

Esto se deduce también del siguiente verso del Evangelio de Juan (16, 3):

Y harán esto porque no conocen al Padre ni a mí.

Será en el duodécimo y en el decimotercer verso donde Juan describirá, en cambio, quiénes son aquellos que lo acogieron.

Nota 1-Otras veces, la palabra “kosmos” se refiere al conjunto de los comportamientos humanos considerados negativos desde el punto de vista bíblico.

Imagen: Codex Bezae, Prologo del Evangelio de Juan (1, 1-16), AD 400.

A lo suyo vino: análisis del undécimo verso del Evangelio de Juan



La preexistencia de Jesucristo nos fue descrita por el Apóstol Juan a partir del primer verso de su Prólogo. Es exactamente su preexistencia la que vuelve salvadora su misión sobre la tierra. Si Jesucristo, de hecho, no fuera Dios, preexistente con el Padre desde la eternidad, no habría podido perdonar todos los pecados sobre la cruz.

Veamos el undécimo verso del Evangelio de Juan:

*A lo suyo vino,
y los suyos no le recibieron*

Veamos el correspondiente en griego:

Eis ta idia elthen kai hoi idioi auton ou parelabon

En el undécimo verso, Juan, cuando escribió “vino” usando el verbo griego *elthen*, se refiere a la encarnación. En el noveno verso había escrito:

*Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre,
venía a este mundo*

En el undécimo verso, en vez de “venía” escribió “vino”, utilizando el tiempo aoristo e indicando un hecho definitivo de la historia. Durante mucho tiempo Cristo estaba llegando, estaba a punto de manifestarse. Luego, finalmente, vino.

Jesucristo no vino al mundo porque estaba obligado o porque debía venir.

No fue un deber, fue el máximo acto de Gracia.

No fue nuestro pecado el que lo obligó a venir entre nosotros, sino que fue un acto de Gracia.

Jesucristo “a lo suyo vino”. Esta expresión en griego es “*Eis ta idia*”.

Idios se refiere a algo que contrasta con la propiedad pública. *Ta idia* se puede traducir por su casa, su tierra, su propiedad. Esto nos hace ponderar y comprender que en realidad nosotros, los humanos, no somos dueños de nada sobre esta tierra.

Ta idia se puede interpretar de dos modos: el primero se refiere al planeta tierra y el segundo se refiere a la tierra de Israel.

Según la primera interpretación, Jesucristo considera que la tierra es su propiedad exclusiva. Jesucristo no le pidió a nadie el permiso de venir a su propiedad. A tal propósito vemos algunos versos bíblicos que corroboran este concepto:

Éxodo (19, 5):

Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra.

Levítico (25, 23):

La tierra no se venderá a perpetuidad, porque la tierra mía es; pues vosotros forasteros y extranjeros sois para conmigo.

1 Crónicas (29, 14):

Porque ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer voluntariamente cosas semejantes? Pues todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos.

Salmos (24, 1):

*De Jehová es la tierra y su plenitud;
El mundo, y los que en él habitan.*

Salmos (50, 10):

*Porque mía es toda bestia del bosque,
Y los millares de animales en los collados.*

Ezequiel (18, 4):

He aquí que todas las almas son mías; como el alma del padre, así el alma del hijo es mía; el alma que pecare, esa morirá.

El hecho de que Jesús viniera a lo suyo podría hacer pensar que en cierto sentido permaneció lejano de él por cierto tiempo. En el décimo verso se afirma que Cristo “estaba en el mundo”, mientras que en el

undécimo verso se afirma que “vino a lo suyo” (el mundo, en el sentido de la tierra).

¿Hay contradicción entre los dos escritos?

No, ya que Cristo estaba en el universo en su estado preencarnado, espiritual y eterno, desde su creación. (Antes de la Creación, Cristo estaba en eterna comunión con el Padre, Evangelio de Juan 1, 2).

La frase “a lo suyo vino” (o sea el mundo terreno, el planeta tierra), se refiere a una manifestación particular y específica del Cristo eterno en el hombre Jesús. Por tanto, como Cristo eterno, él siempre estaba en el mundo; como hombre Jesucristo, a lo suyo vino, en el momento decisivo de la historia humana.

La segunda interpretación de las palabras *ta idia* es que su propiedad sea la tierra de Israel. Es indudable que en el décimo verso Juan nos comunica que Cristo estaba en el mundo, en forma espiritual, desde que lo creó. Se ocupó de su creación sosteniendo el universo y regulándolo con leyes armónicas.

Sin embargo, siguiendo la segunda interpretación, Cristo vino a una zona específica del mundo, Israel, la tierra de los judíos, el pueblo por él elegido en el Antiguo Testamento.

De manera que Israel y su pueblo fueron la puerta a través de la cual el Señor apareció al resto del mundo. Veamos dos citas bíblicas que confirman que Dios llama a Israel el pueblo elegido:

Éxodo, (19, 5):

Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra.

Deuteronomio (7, 6):

Porque tú eres pueblo santo para Jehová tu Dios; Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra.

Deuteronomio (26, 18):

Y Jehová ha declarado hoy que tú eres pueblo suyo, de su exclusiva posesión, como te lo ha prometido, para que guardes todos sus mandamientos;

Cuando Jesús vino al mundo, los judíos estaban bajo la dominación romana. Algunos de ellos esperaban que el Mesías fuera no solo el Salvador espiritual, sino también un liberador político y nacional. No consideraron que el Salvador hubiera venido a liberarlos a todos de la esclavitud del pecado y, por tanto, a anular toda injusticia. (Por tanto, vino también por los romanos).

Analicemos ahora la segunda parte del undécimo verso: “*y los suyos no le recibieron*”.

La llegada de Cristo a la tierra fue anunciada por aproximadamente trescientas profecías en el Antiguo Testamento. El Mesías era esperado, pero cuando finalmente llegó la hora, “*los suyos no le recibieron*”. Dios caminó sobre esta tierra, en forma humana en la persona de Jesucristo, pero quienes lo habían esperado no lo reconocieron ni acogieron.

“No lo reconocieron” se deduce del décimo verso, y como no lo reconocieron, no lo acogieron.

Esta frase “*los suyos no le recibieron*” es quizá la afirmación más dolorosa del Nuevo Testamento. A Jesús se le esperaba, pero no fue bienvenido.

Volviendo al tema de la Gracia, Jesucristo vino al mundo como un regalo para los seres humanos, y

especialmente para los judíos. Fue como la lluvia después de un largo período de sequía.

A pesar de eso, no fue reconocido ni acogido. Es como si un hombre regresa donde su familia después de haber estado lejos y ni su esposa ni sus hijos lo reconocen.

Incluso si Jesucristo fue acogido por algunas personas (son descritas en el duodécimo verso), la mayoría de los hombres no lo acogió como Dios hecho hombre.

Imagen: Chagall, crucifixion blanca.

Los hijos de Dios: análisis del duodécimo verso del Evangelio de Juan



Como habíamos visto en el undécimo verso de su Prólogo, Juan nos describe en sentido general la venida del Cristo eterno al mundo y el hecho de que no fuera acogido por su creación. En sentido más específico, se describe la misión de Jesucristo en su tierra, Israel, y el hecho de que no fuera acogido por su pueblo. En el duodécimo verso hay, sin embargo, una afirmación contraria y específica: se describe que algunas personas, no solo las pertenecientes a la nación israelita, lo acogieron, o sea lo reconocieron como el único Hijo de Dios.

Veamos el duodécimo verso del Evangelio de Juan:

*Mas a todos los que le recibieron,
a los que creen en su nombre,
les dio potestad de ser hechos hijos de Dios*

Veamos el correspondiente en griego:

*hosoi de elabon auton edoken autois exousian tekna Theou
genesthai tois pisteuousin eis to onoma autou*

Mientras que en el undécimo verso está descrito un repudio general, en el duodécimo verso se describe la aceptación de Cristo por parte de diferentes personas en forma individual. La primera palabra griega que analizamos es “hosoi”, que se traduce “a quienes” o “a todos los que”. Este pronombre incluye la totalidad y la individualidad al mismo tiempo: la totalidad de quienes lo han aceptado y la individualidad de quien lo ha aceptado. La primera categoría de personas que lo han aceptado son quienes se convirtieron a Cristo, quienes creen que Él es el Hijo de Dios y que murió en la cruz por nuestros pecados. Estas personas se convierten en hijos de Dios.

Sin embargo, en el pronombre “hosoi” está incluido también el concepto de “individualidad”, ya que son las personas por sí mismas quienes aceptan a Cristo. Estas personas pueden ser de cualquier estrato social, origen o etnia. La puerta siempre estará abierta para quien quiera entrar. Cristo no es el salvador de un pueblo, sino que lo es de cada uno de nosotros en su intimidad e individualidad. Es el Salvador de todos quienes creen en su nombre.

Volviendo al pronombre “hosoi”, no hay nada en el duodécimo verso que haga entender que este se refiera solo a los judíos. Si así fuera, como Frederick Luis Godet (1) señala, habrían debido agregarse las palabras “ex autoon”, o sea “de ellos” y, de esta manera, el verso se leería “mas a quienes de ellos lo acogieron”. Por el contrario, “a quienes” es incondicional y, por tanto, no se refiere solo a los judíos, sino a todos.

Analicemos ahora la frase “*más a todos los que le recibieron*”. A veces esta frase se traduce por “a quienes le acogieron”. En efecto, las palabras “recibir” o “acoger” son muy importantes en el Evangelio. Es evidente que Juan se refería a Jesucristo, el Verbo

eterno, que entró en la historia con su Encarnación en el pueblo de Belén, en Judea.

¿Qué significa recibir o acoger a Jesucristo?

Según Juan, el Cristo eterno, antes de encarnarse en la persona humana de Jesús, era espíritu eterno, infinito, omnisciente y omnipotente. Cuando, por su propia voluntad, quiso limitarse a un cuerpo humano, no cesó de ser lo que fue siempre, desde la eternidad del pasado: el Cristo eterno espiritual. Acogiéndolo, recibimos su Espíritu, y de este modo El ocupa plenamente nuestro ser. Cuando una persona recibe a Cristo es plenamente consciente de esto, y toda su vida cambiará para siempre. Es como si bebiera agua pura y fresca de una fuente de montaña. La serenidad, la paz y el amor serán parte de él por toda la vida.

En el undécimo verso se utiliza la palabra “parelabon”, traducida por “recibieron”. Veamos el undécimo verso del Evangelio de Juan:

*A lo suyo vino,
y los suyos no le recibieron*

En el duodécimo verso se utiliza la palabra “elabon” que significa siempre “recibieron” o “han recibido”, pero respecto a “parelabon” indica una mayor actividad de parte de quien recibe.

Quien recibe el Espíritu de Cristo reconoce a Jesucristo como su Rey, Señor y Salvador.

El verbo “elabon” (han acogido, han recibido) está en el segundo tiempo aoristo. El aoristo, incluso si está traducido en el tiempo pasado, se usa para considerar el pasado, el presente y el futuro. En práctica, Juan nos está comunicando que hay personas que acogieron a Jesús durante su misión sobre la tierra, otras que lo acogieron hacia el fin del primer siglo, cuando Juan escribió su Evangelio, y habrá quienes lo

acojan en el futuro. La salvación en Cristo no ha tenido nunca una limitación cronológica en el tiempo, sino que es una situación personal que cualquiera ha podido vivir y experimentar incluso antes de Cristo, ya que su luz eterna ha brillado desde siempre.

El proceso de recepción y acogida de Cristo en el corazón del hombre es, de todos modos, solo el inicio de un recorrido que terminará con el recibimiento que Cristo nos dará en su reino, el Reino de Dios. Desde cierto punto de vista, el hombre da un paso creyendo y acogiendo a Cristo en sí y Cristo luego acoge al hombre definitivamente en su Reino.

¿Por qué Juan no escribió: “a todos los que le recibieron como Salvador”? ¿Por qué escribió solamente “a todos los que le recibieron”?

Es evidente que el objetivo principal de la misión de Jesucristo sobre la tierra fue el de salvar a los seres humanos, o sea liberarlos del pecado. Lo hizo con su muerte vicaria en la cruz. En práctica, Jesucristo murió en nuestro lugar sobre la cruz y se sacrificó expiando así todos los pecados y, por tanto, perdonándolos. Veamos a tal propósito dos pasajes importantes del Evangelio de Mateo:

(20, 28):

Como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos

(26, 27-28):

Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos;

porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados

Sin embargo, si Juan hubiera escrito “a los que le recibieron como Salvador”, el hombre estaría

autorizado a acoger a Cristo solo por un motivo egoísta, o sea para salvarse. Mas en Cristo no hay solo salvación, que de todos modos es determinante.

En Cristo hay también alegría, regocijo, dicha de vivir por él, poniendo en práctica y difundiendo el Evangelio. De esta manera, el hombre está recibiendo a Cristo y se convierte en un hijo de Dios.

Analicemos ahora la frase: “*a los que creen en su nombre*”. En realidad, esta frase está íntimamente conectada con la primera: “a los que le recibieron”.

Las palabras griegas “*tois pisteuousin*” significan “a los que creen”. El medio para acoger a Cristo es la fe, ya que una persona puede recibir a Cristo solo si cree en él. A tal propósito veamos este pasaje de la Epístola a los efesios (2, 8):

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios

Tanto la Gracia como la fe son regalos de Dios que tienen el fin de que podamos recibir a Jesucristo.

Por tanto, la fe está en sintonía con la acogida de Cristo. Creer es recibir y recibir es creer. De hecho, las palabras griegas no son “*tois pisteusasi*” (o sea, “a los que han creído”) sino más bien “*tois pisteuousin*” (o sea, “a los que creen”). Además de eso, hay que subrayar que la fe no se manifiesta solo una vez, sino que es constante. El Apóstol Juan en su Evangelio utiliza noventa y nueve veces el verbo creer (*pisteuein*), pero ni siquiera una vez utiliza el sustantivo “el creer” o “la fe” (*pistis*). ¿Por qué?

Juan no describe nunca la fe como algo abstracto. Se refiere a la fe como algo que es parte del corazón humano. Quien cree es el hombre y en quien cree es Dios encarnado en un ser humano. Por tanto, en el momento que una persona cree, recibe a Jesucristo.

Muchas veces encontramos en el Nuevo Testamento la palabra “en el nombre de Cristo”. En el griego helenístico, la expresión “en el nombre de” era usada en el sentido tanto legal como comercial. A veces se decía “deposítalo a mi nombre” o “por mi cuenta”. También en el sentido comercial se utiliza la frase “firmar un cheque con el propio nombre”. La persona que recibe el cheque “ha tenido fe”, o sea “ha creído” que la persona que le ha dado el cheque tenía dinero en la cuenta y que ese dinero era suyo. La persona que ha recibido el cheque ha tenido fe en el nombre de la persona que se lo ha dado.

La relación con Dios se puede resumir así: Dios es Vida y Luz. El hombre necesita la salvación, la vida eterna, pero solo a través de la Luz eterna de Cristo, y solo creyendo en el nombre de Cristo, el hombre puede llegar al Padre, a la salvación.

Juan nos ha descrito a Cristo como el Verbo eterno, la Vida y la Luz del mundo. Solo si creemos que Jesucristo es la encarnación de Dios, su nombre tendrá poder sobre nosotros y nuestros pecados serán perdonados. Si Jesús hubiera sido un simple hombre, no habría podido ser el Salvador del mundo.

Creer en “el nombre de Jesucristo” significa creer que él puede cumplir cualquier cosa, y especialmente significa creer que él puede perdonar nuestros pecados, volviéndonos así libres y, por tanto, salvándonos. Hay además una estrecha relación entre creer y recibir. Creer en el nombre de Cristo nos permite recibirlo. Esto hace que él se haga “nuestro”. ¡Cuántas veces hemos escuchado las palabras “Dios mío”! De esta manera, Jesucristo es nuestro y nosotros somos “de Cristo”. Si decimos “sí”, creyendo en el nombre de Jesucristo, nos convertimos en hijos de Dios y aceptamos también que él murió por nosotros, obteniendo así la redención de los pecados.

Ahora analicemos la frase: “*les dio potestad de ser hechos hijos de Dios*”. De esta frase se deduce que no todos los humanos son “hijos de Dios”. Son aquellos que lo acogen, que reciben a Jesucristo, quienes se convierten en “hijos de Dios”.

Primero que todo, esta frase significa que como el hombre puede volverse hijo de Dios, anteriormente a su conversión, no lo era.

Muchas personas creen hoy que todos los seres humanos son “hijos de Dios”. Llegan a esta conclusión errada ya que piensan que como Dios es el Creador, todos deberemos ser sus hijos. En cambio, el Evangelio de Juan es claro: somos todos creaturas de Dios, pero no todos somos “hijos de Dios”. El hombre fue creado inicialmente a imagen y semejanza de Dios, pero decidió seguir a Satanás y no obedecer a su Creador. Por tanto, el hombre prefirió convertirse en hijo del mal, en vez de en “hijo de Dios”.

Hay otros pasajes del Evangelio de Juan donde se evidencian estos conceptos. Veamos dos:

En la segunda parte del verso (8, 41), los interlocutores de Jesús dicen:

Nosotros no somos nacidos de fornicación; un padre tenemos, que es Dios

Y Jesús afirma en el verso (8, 44):

Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira

Por tanto, si el hombre permanece en el pecado y en la desobediencia no es “hijo de Dios”, sino también un “hijo de Satanás”.

La segunda enseñanza que se puede extraer de la frase “*les dio potestad de ser hechos hijos de Dios*” es que cualquier persona, incluso si ha vivido muchos años en el pecado, en el error y en las tinieblas, puede recibir a Cristo y puede ser acogido por Dios como hijo.

Obviamente, como se ha explicado antes, para poder recibir, debe creer.

El verbo utilizado es *edōken* (ha dado), que aparece en el tiempo aoristo. Incluso si el hombre ha dado la espalda a Dios, Dios, con Cristo, le ha dado la posibilidad de redimirse. Después de que el hombre ha dejado la casa del Padre, Dios no ha nunca cerrado la puerta, sino que la ha dejado abierta de manera que el hombre pueda tener la opción de volver.

Regresemos ahora a analizar la palabra *edōken* (o sea, ha dado). Esta palabra deriva de la misma raíz de las palabras *dosís* y *dooron* que significan “regalo”. Por tanto, la frase “ha dado” implica la noción de dar con generosidad y sin costo alguno. La actitud de Dios hacia nosotros y hacia nuestro estado pecaminoso es generosa. No importa cuál haya sido nuestro pecado. Puede también haber sido un pecado grave, pero la Gracia de Dios es más que suficiente para “cubrirlo”, “expiarlo”.

La palabra *edōken* se utiliza también en el verso (3, 16) del Evangelio de Juan:

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna

El hecho de que la Gracia de Dios no tenga costo, significa que nosotros no debemos “pagar” nada. El precio de nuestro pecado ya ha sido pagado por Dios mediante el sacrificio de su Hijo, Jesucristo, con su muerte en cruz. Veamos a tal propósito este pasaje de la Epístola a los romanos (6, 23):

Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro

La palabra *exousian* se traduce por “poder”. Este sustantivo deriva del verbo *exesti* que significa “está permitido”. Por tanto, *exousian* se refiere al permiso, al derecho, a la libertad y al poder de convertirse en “hijos de Dios”. En el permiso que Dios da al hombre de convertirse en su hijo, está incluida también la capacidad de poder convertirse. Este “permiso” o “derecho” se obtiene por Gracia por medio de la fe (Epístola a los efesios 2, 8).

Exousian es, por tanto, “derecho” y “poder”. Al hombre le es dado el derecho y el poder de convertirse en alguien que no era. El “hijo de Dios” es, por tanto, “una persona nueva”.

No es que para ser cristianos debamos cumplir determinados actos. Más bien, cuando nos volvemos cristianos, cuando nos convertimos en “hijos de Dios”, instintivamente realizamos actos cristianos (buenas obras). El verbo utilizado es *genesthai* (volverse, ser hecho) y no debe ser interpretado como si el hombre pudiera convertirse por su voluntad. Es Dios quien da esta capacidad, este poder, como se deduce también del decimotercer verso.

Genesthai es el infinitivo del segundo tiempo aoristo y se refiere a dos cosas.

La primera es el hecho definitivo del cambio que se efectuó en la persona convertida que se vuelve “hijo

de Dios”. La segunda implica un fin: cuando alguien se convierte en “hijo de Dios” no es como obtener algo que luego se puede perder. Es obvio que para algunos el cambio de paradigma no es instantáneo, sino que es un proceso lento que da, de todos modos, la salvación.

Una vez que una persona se convierte en “hijo de Dios”, no puede volver atrás. No puede “perder la fe”. Puede volver a pecar, pero si la conversión era real, volverá siempre a Cristo.

Un tercer punto a analizar del verbo *genesthai* es el hecho de que la conversión no puede repetirse. Sucede una vez y para siempre. Una persona no puede convertirse en hijo de Dios muchas veces en su vida.

Por tanto, los convertidos en Cristo nacieron dos veces: la primera físicamente y la segunda espiritualmente, como se especifica en el Evangelio de Juan (3, 5):

Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios.

Hay una espléndida armonía entre *genesthai* y el sustantivo *tekna* (hijos). *Tekna* deriva del verbo *tiktein*, que significa generar, dar luz. Por tanto, cuando creemos en Jesucristo, somos criaturas nuevas. Veamos a tal propósito el siguiente pasaje de la Segunda Epístola a los corintios (5, 17):

De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.

Cabe notar que el Señor Jesucristo no es jamás llamado *teknon Theou*, o sea “un hijo de Dios”, sino siempre “*ho huios tou Theou*”, o sea “el Hijo de Dios”.

Otras veces es llamado “*ho huioss ton anthroopon*”, o sea “el Hijo del Hombre”.

Esto porque la palabra *teknon* (hijo) no se aplica a Jesucristo, puesto que el Padre no ha nunca creado o dado a la luz al Hijo. Si así fuera, el Hijo no sería Dios, consustancial al Padre, sino que sería un ser creado y, por tanto, menor. Sin embargo, esto contradiría el primer verso del Evangelio de Juan:

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios

En la segunda frase del primer verso, “y el Verbo era con Dios”, notamos que el Verbo era en eterna comunión con Dios Padre desde siempre, desde la eternidad.

Teknon (hijo) indica derivación, mientras “huios” indica “eterna comunión” o “perfecta relación”.

En última instancia, cuando una persona se convierte en “hijo de Dios”, ocurre el ingreso de la naturaleza divina en la persona humana. La palabra *teknon* indica, además, la delicadeza y el amor con los cuales un Padre trata a sus hijos.

Juan nos quiere comunicar que creyendo y convirtiéndonos en “hijos de Dios” no solo obtenemos la salvación, sino que somos también amados profundamente por Dios. Llegamos así a sentir que realmente Dios es nuestro Padre.

Imagen: principio del Evangelio según Juan, versión italiana Diodati del siglo XVII

Los hijos de Dios nacieron de Dios: análisis del decimotercer verso del Evangelio de Juan



En el duodécimo verso vimos quiénes son los “hijos de Dios”: aquellos quienes han acogido a Jesucristo, quienes creen en su nombre. En el decimotercer verso, Juan reafirma que las personas se convierten en hijos de Dios por acto completamente divino: no por descendencia (sangre), no por deseo ni por voluntad humana.

Veamos el decimotercer verso del Evangelio de Juan:

los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios

Veamos el correspondiente en griego:

Hoi ouk ex haimatōn oudeek thelēmatos sarkos oudeek thelēmatos andros all' ek Theou egennēthēsan

Juan quiere darnos una idea muy clara de cómo se convierte y cómo no se puede convertir uno en hijo de Dios. En el duodécimo verso se concentró en lo que se debe hacer para convertirse en hijo de Dios. En el decimotercer verso, Juan disipa cualquier duda, especificando en tres frases negativas cómo no se puede convertir uno en “hijo de Dios”.

Primero que todo, no se puede convertir uno en hijo de Dios por sangre. En el griego original, la palabra *baimaton* significa “sangre” en plural. Juan quiere expresar el concepto que las descendencias humanas no producen “hijos de Dios”.

En otras palabras, no nos convertimos en cristianos “de nacimiento”. El hecho de que una persona nazca físicamente de dos padres que son “hijos de Dios”, no significa que ella sea “hija de Dios”.

El segundo medio por el cual nadie puede convertirse en hijo de Dios es por voluntad de la carne. Esto se refiere al deseo natural del hombre, que incluye los deseos de los sentidos. Estos no lo acercan a Dios, sino que más bien lo separan de Dios. Hay una continua lucha en el hombre entre deseo carnal y anhelo espiritual.

El Nuevo Testamento enseña que el hombre no puede salvarse solo. Además, muchas personas, incluso si saben que solo Dios tiene el poder de salvar, tienen una naturaleza tan degenerada que no quieren ni siquiera que les sea impuesto el deseo de Dios de salvarlos.

El tercer medio por el cual el hombre no puede convertirse en “hijo de Dios” es por voluntad de hombre. Cabe notar que la palabra usada en la frase “voluntad de hombre” es *andros* y no *anthroopou*. *Andros* se refiere específicamente al masculino mientras que *anthroopou* se refiere al concepto de ser humano en general.

Ningún hombre puede volverse hijo de Dios por esfuerzo o por poder de otro hombre. En práctica, esto significa que incluso si una persona se esfuerza en evangelizar y hacer que una persona crea en Jesucristo, podrá acercar a su interlocutor a la fe, pero no podrá realmente volverlo “hijo de Dios”. Ningún hombre, con su poder y su voluntad, puede hacerse “hijo de Dios”.

Finalmente, en la última frase “sino de Dios”, Juan especifica que los “hijos de Dios” nacieron de Dios, o sea es Dios mismo el que interviene y provoca el renacimiento, la conversión y, por tanto, el “bautizo en el Espíritu Santo”. Justamente como nuestros padres físicos tomaron la iniciativa y nos hicieron nacer físicamente, Dios toma la iniciativa y nos hace renacer completamente, volviéndonos “hijos de Dios”.

Cabe notar que Juan no escribe “nacidos del Dios” (en este caso habría tenido que escribir “ek tou Theou”), sino más bien “nacidos de Dios”, o sea “ek Theou”. Recordemos que la omisión del artículo indica el carácter general de Dios, o sea no “un dios” o “aquel dios”, sino más bien “Dios”, el único y verdadero Dios (1).

En práctica, los creyentes se convierten en hijos de Dios, puesto que nacen de Dios, de su plenitud.

Nota:

1-Gramatica del idioma griego, John Henry e James Parker, a859, pág. 124.

La eternidad entra en la historia: análisis del decimocuarto verso del Evangelio de Juan



En el decimocuarto verso del Prólogo del Evangelio de Juan está contenido, en mi opinión, el sentido último de toda la Biblia: la eternidad entra en la historia.

El Verbo infinito, eterno, se hizo carne. Pero el Verbo es Dios (Juan 1,1), entonces Dios vino entre nosotros para permanecer en nosotros, en quienes lo acogen (Juan 1, 12). El infinito se ha hecho finito. Es el misterio más grande de todos los tiempos. Y es el acto de amor y de humildad más sublime de todos los tiempos.

Veamos el verso en cuestión:

Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad

Veamos su correspondiente en griego:

Kay ho Logos sarx egeneto kay eskēnōsen en hēmin kay etheasamethatēn doxan autou doxan hōs monogenous para Patros plērēs charitos kay alētheias

Muchas personas, aun creyendo en una suerte de “Dios impersonal”, niegan este hecho. No aceptan que Dios se hizo carne en la persona humilde de Jesucristo. Pero si Dios es Dios puede todo, ya que para el Infinito y el Omnipotente nada es imposible.

Primero que todo, detengámonos en el verbo “egeneto”. No está en la forma pasiva, sino más bien en la voz media. No indica que alguien ejerció una fuerza para transformar el Logos en forma humana. Más bien indica la voluntad propia del Verbo, que por su decisión se revistió de carne asumiendo una naturaleza humana. El verbo “egeneto” es utilizado también en el tercer verso del Prólogo en referencia a la Creación del mundo. Significa “convertirse”, “comenzar a ser”, “haber hecho”. En el decimocuarto verso, “egeneto” asume el significado de “convertirse” o “transformarse en”. Lo que primero era invisible a los ojos humanos, ahora puede ser visto. Jesucristo se convierte, por tanto, en aquel que revela a Dios, como está descrito en el decimoctavo verso.

En todo caso, el misterio de la Encarnación no se resuelve solo en el hecho de que Dios se revistió de carne. Hay mucho más: es Dios quien se hace hombre. No un hombre cualquiera, sino un hombre sin pecado, perfecto. Aun estando sin pecado, era de todos modos un hombre verdadero, real, con sus sentimientos, con su alegría y con su tristeza. Sin embargo, el hecho de que el Verbo se haya encarnado en la persona humana de Jesucristo no significa que haya abandonado su naturaleza divina. Él no dejó

nunca de ser verdadero Dios, el Logos eterno, incluso cuando era hombre. Sería ilógico pensar que el Logos eterno, que es Dios, quiso limitarse en el cuerpo humano de Jesús abandonando su carácter infinito. De este modo empezamos a comprender que en Jesucristo coexisten dos naturalezas en una sola persona: Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre.

La mayoría de los exégetas bíblicos concuerda en sostener que la conjunción “y” con la que inicia el decimocuarto verso sirve de unión con la primera frase del primer verso del Prólogo. Veamos:

En el principio era el Verbo... y aquel Verbo fue hecho carne

Notamos que Juan utiliza el término “sarx”, carne. ¿Por qué utiliza el término carne y no, por ejemplo, cuerpo?

Según el teólogo griego Zodhiates, el término carne indica expresamente el motivo, el objetivo principal por el cual Jesucristo vino al mundo. Mientras que nosotros los humanos venimos al mundo con el propósito de vivir, Jesucristo vino al mundo con el propósito de morir. El objetivo principal de la misión de Jesucristo en la tierra (1) fue, de hecho, la redención de los pecados, efectuada por él con su muerte en la cruz. La Biblia, en numerosos versos (1), nos muestra que Jesús murió en la cruz por nosotros, o sea por expiar nuestros pecados. Es la muerte vicaria de Jesucristo, el sacrificio final y perfecto. Veamos a tal propósito dos pasajes del Nuevo Testamento:

Epístola a los hebreos (9, 22):

Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión

Primera epístola de Juan (1,7):

Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado

No obstante, la sangre está en la carne. Según Zodhiates, en la frase “y aquel Verbo fue hecho carne” está incluido el concepto del objetivo principal de la misión de Jesucristo en la tierra: morir esparciendo la propia sangre para la remisión de los pecados. Veamos a tal propósito el pasaje del Evangelio de Mateo (20, 28):

Como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos

Según la Biblia, la persona que no acepta la muerte de Jesucristo como expiación de sus pecados no puede renacer en Cristo y, por tanto, no está lavada de los propios pecados y no puede vivir según las enseñanzas de Cristo.

“Sarx”, carne, puede ser considerada en sentido más genérico, denotando la naturaleza humana en contraposición a la espiritual. Esto demuestra que el Cristo eterno se hizo completamente humano, con la excepción del pecado. Por tanto, Jesús, siendo completamente humano, tenía también un alma humana, la cual le hizo sentir emociones. Él amó, se enojó, se sintió triste, se sintió sereno, experimentó alegría.

Hay, en todo caso, otra interpretación de la palabra “sarx”, carne. Con esta, Juan quiso describir la profunda humillación que Dios decidió experimentar convirtiéndose en hombre por nosotros, con el fin de que nosotros podamos volvernos “hijos de Dios”.

Esta humillación de Dios está descrita en modo excelso en el himno a la humildad (Epístola a los filipenses 2, 6-11):

El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre

Sin embargo, el Logos eterno, aún si se transformó en hombre y caminó sobre esta tierra, no cesó nunca de ser Dios. Siendo hombre, humilde y débil, pudo sufrir sobre la cruz y esparcir la propia sangre. Siendo Dios, omnisciente, pudo expiar todos los pecados. A tal propósito veamos un verso bíblico donde se subraya que solo Dios puede perdonar y, por tanto, expiar todos los pecados. Evangelio de Marcos (2, 7):

¿Por qué habla éste así? Blasfemias dice. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?

Ya a partir del primer verso de su Prólogo, Juan declara que el Hijo, o sea el Verbo, es Dios, pero en todo caso tiene una personalidad distinta del Padre. Este dato misterioso, y sin embargo maravilloso, empieza a revelar la esplendente Trinidad. También en el decimocuarto verso se nota que el Verbo y el Padre tienen personalidades distintas. Analicemos, de hecho, la segunda frase: “Y habitó entre nosotros”. Esta frase se conecta con la segunda frase del primer verso:

Y el Verbo era con Dios... y habitó entre nosotros

Si el Verbo, o sea el Cristo eterno en su estado pre-encarnado, no fuera una persona distinta al Padre, no habría podido bajar a esta tierra y vivir entre nosotros. Es, por tanto, justamente la espléndida Trinidad la que permitió la Encarnación del Verbo.

Algunas personas podrían preguntar por qué Dios omnipotente vino sobre la tierra en forma de hombre. ¿No podía sencillamente venir como Dios?

Primero que todo, podemos afirmar que Dios no habría podido mostrarse en su infinita plenitud. Además, nosotros, seres finitos, no habríamos podido nunca asimilar lo que es infinito. En segundo lugar, el hecho de que Dios haya venido sobre la tierra en forma de hombre se explica considerando la misión que debía llevar a cabo. Jesucristo decidió dar su vida para expiar “el pecado del mundo”. Con su acto de amor, Jesús hizo que el hombre se convirtiera en un hijo de Dios. Una vez llevada a término esta tarea sublime, Jesucristo no tuvo más razones para quedarse en la tierra. Después de su gloriosa Resurrección en la carne, Jesús apareció ante los Apóstoles y ante otros de sus seguidores varias veces, pero luego ascendió al cielo. Su tarea sobre la tierra había terminado.

Juan utiliza el término “eskēnōsen” que, si se traduce literalmente, significa “puso las tiendas”, “acampó”, o sea “vino a vivir temporalmente”.

Es interesante notar que “eskēnōsen” deriva de la palabra “skeenec” (tienda). En una de sus formas sustantivas, sin embargo, (skeenooma), esta palabra asume el significado de “cuerpo”.

Esto se nota también en los siguientes pasajes de la Primera epístola de Pedro (1, 13-14):

Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado; como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia

La presencia de Jesucristo en la tierra fue temporal, pero fue de todos modos la de un cuerpo real, no aparente.

Además, “eskēnōsen”, o sea “vino a habitar”, se refiere a un período de tiempo definido que no se repetirá en el futuro. Este hecho maravilloso se explica así: Jesucristo vino a la tierra de forma humilde, con un cuerpo humano, pero cuando resucitó, su cuerpo fue transformado gloriosamente. Jesús tenía un cuerpo glorificado. Será con este cuerpo glorificado que él regresará a la tierra. No regresará nunca más con su cuerpo humano, o sea con el cuerpo de su humillación, sino que regresará con su cuerpo glorificado de la Resurrección. Jesús, por tanto, permaneció en la tierra temporalmente con el fin de expiar los pecados, en cuanto su sacrificio fue final, único y perfecto.

No volverá como un maestro humilde sino como Rey y Juez. Por esto, nuestra vida es la única posibilidad que tenemos de reconocer a Jesucristo como nuestro salvador ya que, si no lo reconocemos como Salvador, lo conoceremos como Juez.

Volvamos ahora a la frase “y habitó entre nosotros”. Esta decisión de “venir y habitar entre nosotros” fue tomada incluso siendo con la consciencia de que la mayoría de los hombres repudiaría su persona y su mensaje. Fue necesario que Dios viniera a habitar entre los que se oponían a él. Veamos a tal propósito este pasaje de la Epístola a los romanos (5, 10):

Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida

Pero Jesucristo, con su amor y sacrificio sobre la cruz, conquistó incluso a muchos de sus enemigos.

Analicemos la palabra “en”, que normalmente se traduce por “entre”. Según el especialista A. T. Robertson (2), esta palabra puede significar “dentro” y “entre”. La segunda frase del decimocuarto verso significaría que el Verbo vino al mundo principalmente para “permanecer” en (“dentro”) nuestros corazones y, secundariamente, para habitar entre nosotros. No obstante, mientras que la permanencia en la tierra fue temporal con su cuerpo físico, su permanencia en los corazones de los hijos de Dios es eterna.

¿Qué ventaja habrían tenido los hombres si Dios se hubiera hecho carne para venir “entre ellos”, pero sin permanecer “en ellos”? Muchas personas, que vieron a Jesucristo de cerca, pero que no lo tenían en su corazón, le pidieron incluso que se fuese (por ejemplo, la población de los gerasenos, en el Evangelio de Lucas 8, 26-39).

La palabra “eskēnōsen”, “poner las tiendas”, o sea un concepto temporal, no está en conflicto con la interpretación de que el Verbo se encarnó para permanecer “dentro” de nuestros corazones. Durante nuestra vida terrena, de hecho, el Verbo temporalmente permanece en nuestros corazones, en nuestro cuerpo físico. Después de la Resurrección de los cuerpos, el Verbo permanecerá para siempre en el corazón de nuestro cuerpo glorificado.

Primera epístola a los corintios (3, 16):

¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?

Este hecho de que Jesucristo vive en nosotros y permanece en nuestros corazones es algo maravilloso. Una vez que aceptamos a Jesucristo, su Espíritu está en nosotros y no podemos volver atrás. Quien se convierte, sabe que Jesús está en él. Analicemos brevemente la palabra “nosotros” en la frase: “Y habitó entre nosotros”. Juan se incluye en el estrecho grupo de personas que inicialmente pudieron ver, escuchar y conocer a Jesucristo. Es un testimonio veraz, que estuvo con Jesucristo hasta su muerte en la cruz y lo vio luego varias veces con un cuerpo glorificado hasta la última aparición de Jesús hacia el final del siglo I, cuando fue escrito el Apocalipsis, en la isla de Patmos. Juan, escribiendo “entre nosotros”, se refiere también a otras personas: no solo a los Apóstoles, sino también a otros seguidores de Jesucristo como Esteban, Bernabé, Pablo de Tarso, Santiago el Justo, Nicodemo, María de Betania, Marta, María Magdalena, etc.; personas que, aun no haciendo parte del estrecho círculo inicial de los Apóstoles, habían acogido plenamente a Jesucristo en sus corazones.

La frase siguiente es: “*Y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre*”. Aquí Juan no escribe “vi” sino “vimos”. Obviamente, Juan se refiere a todas las personas que describe en el cuarto Evangelio a partir del decimonoveno verso del primer capítulo. El verbo “etheasametha” (contemplamos, vimos, del infinitivo “theasthai”) es usado veintidós veces en el Nuevo Testamento, pero nunca en relación con la visión espiritual (por ejemplo, Evangelio de Juan 1, 32; 1, 38; 4, 35; 6, 5; 11, 45). Juan usa este verbo para referirse a la visión real y no espiritual. Podría ser que Juan,

utilizando este verbo, quería resaltar que Jesús verdaderamente apareció en la carne y no en el espíritu. El uso de esta palabra podría ser entonces una respuesta al docetismo, una forma de gnosticismo que sostenía la hipótesis de que Jesús no tuvo cuerpo ni naturaleza humana.

Sin embargo, según los especialistas Arndt y Gingrich (3), la palabra “etheasametha” significa no solo “ver físicamente”, sino también “mirar de modo estupefacto, ver percibiendo un hecho sobrenatural”. En efecto, en el verso 1, 32 del Evangelio de Juan:

También dio Juan testimonio, diciendo: Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él

En esta frase se utiliza “tetheamai”, primera persona de “theasthai”. Juan vio la paloma y se dio cuenta de que era el Espíritu Santo.

Por tanto, “vimos” se refiere a la visión física de un cuerpo físico, cuando se percibe que más allá de un cuerpo físico hay también un espíritu sobrenatural. El Apóstol y Evangelista Juan y otros vieron a Jesús físicamente, pero percibieron que era Dios encarnado. Analicemos ahora la frase: “Y vimos su gloria”. El verbo “etheasemetha” se refiere a la observación física, pero la palabra “doxa”, o sea “gloria”, se refiere a algo que no se puede ver, sino solo percibir o verificar. Normalmente, la palabra “gloria” se refiere a un solo acto glorioso si fue hecho por el bien supremo de la comunidad. Por tanto, un acto de altísima moralidad. Una persona gloriosa es entonces quien se sacrifica por un fin altísimo por el bien de todos. La palabra gloria es sinónimo también de consideración, reputación, grandeza, triunfo, esplendor, magnificencia. En el caso de Jesucristo, sus seguidores vivieron con él, vieron sus milagros, lo vieron dirigirse

a los más humildes de una forma especial, lo vieron aceptar su condena a muerte de modo digno, lo vieron morir (Juan estaba bajo la cruz cuando Jesús expiró) y lo vieron luego resurgir con un cuerpo glorificado. Por todas estas razones, (obviamente la Resurrección es la más importante, pero no la única) se convencieron de su naturaleza divina, de verdadero Dios y verdadero hombre, y percibieron su gloria eterna. Jesús brillaba con luz divina y emanaba gloria eterna. Pero la gloria que percibieron los Apóstoles no era una gloria común, la que podría tener un grandísimo hombre, sino que era “gloria como del unigénito del Padre”. Era un esplendor, una luminosidad divina lo que ellos no veían, sino percibían. A tal propósito veamos algunos pasajes bíblicos donde se hace referencia a la gloria de Dios.

Éxodo (24, 17):

Y la apariencia de la gloria de Jehová era como un fuego abrasador en la cumbre del monte, a los ojos de los hijos de Israel

Éxodo (40, 34):

Entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo

Números (14, 10):

Entonces toda la multitud habló de apedrearlos. Pero la gloria de Jehová se mostró en el tabernáculo de reunión a todos los hijos de Israel

Hay una enorme diferencia entre gloria celeste y gloria humana. En la frase:

Y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre

Juan se refiere a la gloria divina de Jesucristo, a su sabiduría, gracia, santidad, sacralidad, a su amor infinito y a su concepción absolutamente divina. Cuando los Apóstoles percibieron esta gloria, se quedaron estupefactos. Cuando el hombre finito tiene contacto con el infinito no puede sino quedarse atónito. Por tanto, los discípulos de Jesús se dieron cuenta de que él no era solo un grandísimo hombre o un profeta de Dios, y lo reconocieron exactamente como “unigénito del Padre”.

La palabra “monogenous”, o sea “unigénito”, y el pronombre “Patros”, o sea “Padre”, no están precedidos por ningún artículo. Sabemos que en griego la ausencia de artículo definido indica un concepto genérico y no particular. Por tanto, la traducción “gloria como de un hijo unigénito que viene de un padre” (o sus variantes) es completamente errada. Unigénito sin artículo se refiere al concepto último de Unigénito, o sea el Hijo de Dios, y Padre sin artículo se refiere al concepto último de Padre, o sea Dios.

Hay otro concepto muy importante, la frase “gloria como del unigénito del Padre” se refiere al hecho de que Jesucristo, o sea el Verbo encarnado, no tenía menos gloria que la de su Padre, Dios. Justamente la palabra “monogenees” (“monogenous” es el genitivo) indica la consustancialidad. El Logos eterno y, por tanto, también el Logos encarnado, tenían la misma “sustancia” del Padre. La calidad de la gloria del Hijo era, por tanto, exactamente igual a la gloria del Padre. Es esto lo que Juan quiere comunicarnos con su frase. En todo caso, de los versos precedentes y en particular del duodécimo, se deduce que solo quien ha acogido en su corazón a Jesucristo puede percibir su

gloria. Quien no lo ha reconocido como el Verbo encarnado y su Salvador no podido siquiera percibir su gloria.

Hay otro punto muy importante por considerar al respecto del concepto de gloria de Cristo. De todo el Nuevo Testamento se deduce que el Verbo eterno hizo un acto de humildad máximo con la Encarnación. Jesucristo decidió humillarse viniendo entre nosotros. Veamos el pasaje correspondiente en la Epístola a los filipenses (2, 6-8):

El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz

De la frase “se despojó a sí mismo” se deduce que Jesucristo, viniendo a la tierra, renunció a algo. Sabemos que limitándose a sí mismo en el cuerpo humano de Jesucristo, el Cristo eterno renunció a la omnipresencia, pero en la frase de la Epístola a los filipenses parece que se estuviera refiriendo a otro tipo de renuncia.

Del análisis comparado de la Epístola a los filipenses y del Prólogo de Juan se deduce que, con la Encarnación del Verbo, Jesucristo cesó temporalmente de tener la gloria del Padre que tenía en su estado preencarnado. Esto no implica que Jesucristo haya temporalmente dejado de lado su Divinidad. Él era Dios y en ningún momento perdió sus atributos divinos (excepto la omnipresencia).

Para entender el concepto de que Jesucristo renunció temporalmente a la gloria del Padre, consideremos el verso 17, 5 del Evangelio de Juan:

Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese

En este pasaje es evidente que Jesucristo tenía, en su estado preencarnado, un tipo de “gloria” con el Padre que no tenía cuando permaneció con nosotros en la tierra. Pero, ¿a qué tipo de gloria nos estamos refiriendo?

En griego, gloria se dice “doxa”, que deriva del verbo “dokein”, el cual puede significar: 1-apariencia en contraste con la verdad; 2- reputación, reconocimiento.

Con esta segunda interpretación, el significado de varios versos de la Biblia se aclara. Veamos a tal propósito la Epístola a los romanos (3, 23):

Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios

O sea: como pecaron, no son reconocidos por Dios, perdieron su reconocimiento. Aquí resulta claro que Jesús, al venir sobre la tierra, perdió temporalmente la gloria que tenía con el Padre. Por tanto, en ciertas situaciones, “gloria de Dios” se refiere a su esplendor, a su magnificencia, mientras que en otros casos se refiere a su reconocimiento.

Cuando Jesús vino a la tierra, perdió temporalmente su gloria o el reconocimiento del Padre. Ni siquiera el hombre redimido, o sea libre de pecado, quien reconocía plenamente a Jesucristo como su Señor y Salvador, podía tributar a Jesús el mismo honor, el mismo reconocimiento que Jesús tenía con el Padre en su estado preencarnado.

Para comprender este concepto podemos agregar que solo un científico en física puede reconocer plenamente la calidad de otro científico en física. La

misma cosa para Jesús y el Padre. Como tienen la misma sustancia, solo el Padre podía reconocer y apreciar toda la gloria del Verbo, o sea del Cristo eterno, en su estado preencarnado. Jesucristo no pudo encontrar este pleno reconocimiento mientras estaba aquí entre los hombres, y esta es la razón por la cual deseaba volver a obtenerlo.

Regresando, sin embargo, a la gloria de Jesucristo, es importante resaltar que tanto en el decimocuarto verso del Prólogo como en el verso 17, 5 del cuarto Evangelio, está la palabra griega “para”. Esta preposición significa “al lado de”, “en comunión con”, “junto a”. Por tanto, se deduce que la gloria de Jesucristo no deriva del Padre. El Padre reconoció desde siempre la gloria del Hijo y el Hijo reconoció desde siempre la gloria del Padre.

Prácticamente, los discípulos de Jesús percibían su gloria, dándose cuenta de que era la misma gloria del Padre, y creyeron, por tanto, que contemplaban el unigénito del Padre.

Analicemos ahora la última frase del decimocuarto verso: “Lleno de gracia y de verdad”. Notamos que esta frase debe relacionarse con la tercera frase del primer verso; veamos:

Y el Verbo era con Dios... lleno de gracia y de verdad

Cuando el Cristo eterno se hace hombre, Él se caracteriza por dos atributos principales: Gracia y Verdad. También el hombre puede hacer actos de gracia y puede testimoniar la verdad, pero solo Dios puede estar lleno de Gracia y de Verdad.

En toda la Biblia, los atributos de Dios son descritos numerosas veces: omnisciencia, omnipotencia, omnipresencia, infinita misericordia, infinita justicia. En este verso, y también en el decimoséptimo verso

del Prólogo, encontramos dos atributos de Dios extremadamente importantes: Gracia y Verdad. Sabemos que el objetivo principal de la misión de Jesucristo en la tierra fue la de perdonar todos los pecados y, por tanto, salvar al hombre (Evangelio de Juan 3, 16-17). La encarnación y la sucesiva muerte en cruz de Jesucristo fueron entonces actos de Gracia máxima. Es por Gracia que estamos salvados, por Gracia y fe. Por consiguiente, Jesucristo es la apoteosis de la Gracia. Vino a perdonar los pecados que se declararon como tal por su luz, la luz de la Verdad. El concepto de Verdad divina tiene muchos significados. Primero que todo, el de Verdad última, Causa Primera. Jesucristo mismo es la Verdad última. De hecho, Evangelio de Juan (14, 6):

Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí

Pero la verdad se relaciona también con la justicia. Sin verdad no puede haber condena. Pero Dios es infinitamente misericordioso y prefirió ofrecer la Gracia en su hijo Jesús, que descendió entre nosotros, más que condenar desde lo alto. En el decimocuarto verso del Prólogo está entonces condensado el sentido de toda la Biblia. El verbo (Dios) se hizo carne con el objetivo de venir a expiar, o bien perdonar todos los pecados, muriendo sobre la cruz, dándonos así el máximo acto de Gracia posible. Lo hizo porque Dios es Verdad, o sea Justicia. Nadie hubiera podido salvarse solo, nadie habría podido expiar pecados infinitos contra Dios solo. Únicamente Jesucristo, la encarnación del Verbo, podía expiarlos con su sacrificio y entonces fue enviado. Dios, siendo infinitamente misericordioso, quiso perdonar todos los pecados. Pero Dios es también infinitamente

sagrado, y no se puede llegar a su presencia manchados de pecado. Incluso una pequeña mancha, si no es perdonada, no permite al hombre poder obtener una Resurrección de vida. Dios es, además, infinitamente justo y debe poder condenar todos los pecados. La única solución a esta triple realidad de Dios (infinita misericordia, sacralidad y justicia) es el envío del Hijo, que debía expiar nuestros pecados sobre la cruz.

¿Por qué Juan puso la palabra gracia antes de la palabra verdad? No porque la gracia sea más importante que la verdad. Ahora tenemos la posibilidad de obtener la Gracia y obtener así el perdón cuando reconocemos que Jesús murió por nuestros pecados. De este modo, nuestros pecados nos son perdonados por él y nos convertimos en hombres justos, hombres verdaderos. Nuestro pecado se transfirió a él, quien lo expió con su muerte, y su justicia se transfirió a nosotros. Contemplamos entonces su verdad.

Quien, en cambio, no acepta a Jesucristo, no acepta su Gracia. Vendrá el día en el que no habrá más gracia y verdad, sino que habrá solo verdad. La verdad de los pecados de quien no acogió ni acogerá a Jesucristo será sacada a la luz y, por tanto, habrá condena eterna. Hay un último concepto por añadir: la gloria del Cristo eterno en su estado preencarnado era grandiosa, magnífica. Sin embargo, el ápice máximo de su gloria, en referencia a nosotros los humanos, se dio cuando, después de la encarnación, Jesucristo murió por nosotros en la cruz, con su máximo acto de humildad, concediéndonos así la Gracia y la posibilidad de volvernos hijos de Dios, de manera que nosotros pudiéramos obtener una gloria mayor de la que perdimos cuando pecamos siguiendo el acto de Adán. En otros términos, la gloria más alta de Dios es

Jesucristo, y la gloria más alta de Jesucristo fue su humillación y la muerte en cruz por nosotros.

Para concluir, Juan afirma que el Verbo (Dios) se hizo carne, que habitó entre nosotros con el objetivo principal de expiar y, por tanto, perdonar todos los pecados. Además, Juan afirma que él y otros discípulos de Jesús pudieron percibir tres características de Jesucristo: la gloria, la gracia y la verdad. Pero aún más maravilloso es que Jesús mostró su compasión y su Gracia no solo a sus amigos, sino también a sus enemigos, a todos.

Notas:

1-<http://yurileveratto1.blogspot.com/2016/04/el-objetivo-principal-de-la-mision-de.html>

2-La gramática del Nuevo Testamento a la luz de la investigación histórica, Doran, cuarta edición, pág. 586.

3-Lessico Greco-Inglese del Nuovo Testamento e altra letteratura cristiana primitiva, Un. Chicago, pág. 353.

El testimonio de Juan el Bautista sobre la eternidad de Jesucristo: análisis del decimoquinto verso del Evangelio de Juan



Juan Apóstol y Evangelista ya ha descrito a Juan el Bautista en los versos seis, siete y ocho. Juan el Bautista fue presentado como un hombre enviado por Dios -por tanto, una persona de altísima moral- que vino como testigo de la misión de Jesucristo sobre la tierra. Para el Evangelista, Juan el Bautista simplemente reflejó la luz eterna de Jesucristo. Ahora bien, en el decimoquinto verso el autor transmite una cita directa de Juan, el último de los profetas.

Veamos el decimoquinto verso del Evangelio de Juan:

*Juan dio testimonio de él, y clamó diciendo:
“Éste es de quien yo decía:
El que viene después de mí,
es antes de mí;
porque era primero que yo”.*

Veamos el correspondiente en griego:

Ioannēs martyrei peri autou kay kekragen legōn Houtos ēn hon eipon Ho opīsō mou erchomenos emprosthen mou gegonen hoti prōtos mou ēn.

En el primer capítulo del Evangelio de Juan, después del Prólogo, está descrito el episodio en el que un grupo de sacerdotes y levitas llegaron donde vivía Juan y le preguntaron quién era (1, 19-28). Juan respondió que no era Cristo y tampoco Elías. Contestó citando al profeta Isaías (40, 3), o sea identificándose a sí mismo como aquel que testimonia la llegada del Señor. Siempre, en los primeros capítulos (1, 29-34) se describe el pleno reconocimiento de Jesús por parte de Juan el Bautista. Ante todo, en la primera frase (1, 29):

El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.

Pero también las frases siguientes tienen una relevancia clave. Veamos el trigésimo verso:

Éste es aquel de quien yo dije: Después de mí viene un varón, el cual es antes de mí; porque era primero que yo.

Esta cita de Juan el Bautista se transmite casi igual en el decimoquinto verso, como para reiterar su absoluta importancia.

Según el teólogo Zodhiates, entre el decimocuarto y el decimoctavo hay un paréntesis, representado por el decimoquinto verso, exactamente como hay un paréntesis representado por el sexto, séptimo y octavo verso entre el primero y el decimocuarto verso.

En efecto, el decimoquinto verso no está conectado con el decimocuarto o con otros precedentes, pues no

empieza con la conjunción “e” sino con la palabra “Juan”.

Hay dos motivos por los cuales el Evangelista describe a Juan el Bautista en los versos 6-8 de su Prólogo. Primero que todo, para resaltar su misión como testigo y, en segundo lugar, para disipar cualquier duda sobre su persona, ya que alguien podía pensar que el Bautista era Cristo. De hecho, en el verso octavo está escrito:

No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz.

El decimoquinto verso inicia con la frase “Juan dio testimonio de él”, o bien “Iōannēs martyrei”. En griego es un presente histórico. ¿Por qué fue usado el presente histórico? Ante todo, porque Juan el Bautista, aún habiendo fallecido desde hacía tiempo, había dejado un testimonio tan fuerte y claro que todavía resonaba en la mente del Evangelista. En segundo lugar, porque el testimonio de Jesucristo es algo inmutable. Hoy se pueden utilizar diferentes métodos para acercar a las personas al Evangelio, pero el testimonio de su persona debe ser igual al que hizo Juan el Bautista. El dijo que Jesús era el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (1, 29) y que Jesús era el Hijo de Dios (1, 34). De ahí que su testimonio sea fundamental y que si se quiere ser testigo de Jesucristo, haya que hacerlo de modo semejante al de Juan el Bautista. De esta manera, no es el testimonio de Cristo el que se debe adaptar a las diferentes épocas o situaciones históricas, sino que es el predicador o testigo de Cristo quien debe corregir los errores que llegan a producirse en el transcurso del tiempo, siguiendo al testimonio del Evangelio, que es inmutable.

Juan Evangelista escribe: “Juan dio testimonio de él y clamó”. En griego, el verbo kekragen está en pasado. Según Zodhiates, el primer verbo (dio), indica que su testimonio no tiene fin; continuará resonando por siempre, mientras que el segundo verbo (clamó), indica que su testimonio físico fue dado en un momento específico de la historia.

El verbo kekragen deriva del verbo krazoo, que significa “gritar”, “hacer clamor”. En efecto, Juan el Bautista gritó, anunció con su fuerte voz la llegada del Mesías.

Analicemos ahora la segunda frase:

*“Éste es de quien yo decía:
El que viene después de mí,
es antes de mí;
porque era primero que yo”.*

Esta frase es similar (pero no exactamente igual) a la del trigésimo verso del Prólogo. Algunas personas en el primer siglo se equivocaron y pensaron que Juan el Bautista era el Mesías. Hoy algunas personas se confunden y piensan que entre Juan el Bautista y Jesús hubo una cierta rivalidad. Pero Juan el Bautista, como se le describió en el primer capítulo del Evangelio de Juan, dio un testimonio veraz y clarísimo, primero de la misión de Jesucristo (1, 29), pero sobre todo de la identidad de Cristo (1, 30). Según este verso, Jesucristo era antes del Bautista, entonces “era” desde siempre, por lo que es la Encarnación de Dios. Además, Juan dijo que Jesucristo bautiza en el Espíritu Santo (1, 34), y que es el Hijo de Dios (1, 34).

Analicemos la frase en cuestión: “El que viene después de mí”. Esta frase se refiere al hecho de que Jesús nació después de Juan el Bautista (seis meses después, pero no sabemos las fechas exactas) y

empezó su ministerio público después del de Juan el Bautista. Cabe notar que “erchomenos”, o sea “que viene”, es el mismo verbo que se usó en el noveno verso del Prólogo cuando se refería a la luz eterna de Cristo.

En la frase “es antes de mí” está el adverbio *emprosthen*, que significa “adelante”.

El verbo utilizado en la frase “es antes de mí” es *gegonen*, tiempo perfecto del verbo *ginomai* que significa “empezar a ser”. Esta frase se refiere al tiempo y no al rango. Entonces, incluso si Jesús vino después de Juan el Bautista, en realidad “era” antes de él”.

Es en la última frase donde el sentido del decimoquinto verso se revela toda su plenitud.

De hecho, en la última frase se transmite “*porque era primero que yo*”. Con esta frase, el Bautista declaró la verdadera naturaleza del Hijo de Dios, o sea su coexistencia con el Padre desde siempre, desde la eternidad del pasado.

Una vez más, transmitiendo la frase del Bautista, Juan nos quiere indicar que Jesucristo, en su eternidad y deidad, no fue creado, sino que es auto existente. Jesucristo no es entonces una criatura, sino que es Dios mismo. Como verdadero hombre, Él vino después de Juan el Bautista, pero como Cristo eterno, Él “era” desde siempre (el verbo utilizado es “en”, que indica la eternidad). Por tanto, Juan el Bautista no tuvo necesidad de describir el rango superior de Jesús respecto al suyo. Declaró simplemente que Jesucristo existe desde siempre y que, en consecuencia, es verdadero Dios. De esto se deduce que todo predicador que compara a Jesús con otros hombres sabios del pasado no está predicando el Evangelio, ya que en el Evangelio Jesús es el Verbo, el Cristo eterno,

Dios que se hizo carne para dar la posibilidad a los hombres de convertirse en hijos de Dios.

Imagen: la predicación de Juan el Bautista, Pieter Bruegel the Elder.

La plenitud y la gracia de Jesucristo: análisis del decimosexto verso del Evangelio de Juan



Hemos visto que, en el decimoquinto verso del Prólogo, se transmite una cita directa de Juan el Bautista en la cual él, diciendo que Jesucristo “estaba primero” que él incluso si vino después de él, declaraba su eternidad. En el decimosexto verso, el Evangelista continúa describiendo el Cristo, y se detiene en dos características peculiares: la plenitud y la gracia. Este verso se conecta en parte con el precedente ya que, como en el anterior Juan el Bautista declaró la eternidad de Cristo y, por tanto, su plena Divinidad, ahora nos comunica que dos cualidades fundamentales de Cristo son la plenitud y la gracia. Si él no fuera Dios, no habría podido dar parte de su plenitud y de su gracia a sus hijos. Veamos el decimosexto verso del Evangelio de Juan:

Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia.

Veamos el correspondiente en griego:

Hoti ek tou plerōmatos autou hēmeis pantes elabomen kai charin anti charitos

Según el teólogo griego Zodhiates, hay una relación directa entre el decimocuarto y el decimosexto verso. En el decimocuarto verso, Juan nos dice que Jesucristo está pleno de gracia y verdad, y en el decimosexto verso, Juan nos dice que los hijos de Dios recibieron parte de la plenitud de Cristo, y gracia sobre gracia. La gracia es la externalización de la bondad. Primero que todo, cuando Juan escribe “tomamos”, se refiere a quienes acogieron a Jesucristo en su corazón, o sea los hijos de Dios. Sin embargo, ¿qué significa la palabra plenitud? Esta palabra se refiere al concepto de “llenar lo que estaba vacío”. Además, esta palabra puede referirse al completamiento de algo. Si una copa está llena de agua hasta la mitad, su “plenitud” será la cantidad de agua que se agrega para llenar la copa de agua. En lo que respecta a Jesucristo, el concepto de “plenitud” se refiere a su Divinidad. Él es como una copa llena de agua hasta el borde. Por tanto, solo puede dar; no tiene necesidad de recibir nada, ya que está llena. Ahora bien, ¿de qué está llena la copa de Cristo? Se podría responder diciendo que está llena de gracia, amor, misericordia, bondad y justicia. Sin embargo, todo esto se puede resumir diciendo que la copa de Cristo está llena de Divinidad, y su Divinidad es plena. A tal propósito, veamos el pasaje de la Epístola a los colosenses 2, 9:

Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad

Esto significa que los Apóstoles, cuando vieron a Jesucristo, no vieron “una parte de Dios”, sino que vieron a Dios en forma humana, en toda su plenitud. La palabra “plenitud”, plērōmatos, significa lo opuesto de “parte”. Sin embargo, Juan no escribe “su plenitud tomamos”, sino más bien “de su plenitud tomamos”. Lo que significa que ellos (o sea Juan más otros hijos de Dios) recibieron parte de su plenitud, no “toda” su plenitud. El hombre no puede recibir “toda” la plenitud de Dios, porque se convertiría en Dios; puede recibir solo una parte. Pero cuando el hombre recibe parte de la plenitud de Dios, recibe a Jesucristo en su corazón, y su Espíritu va a habitar en su corazón. Cuando el Hijo vive en el corazón del hombre, el hombre se vuelve uno con el Hijo y podrá entonces acceder al Padre. Por tanto, “parte de la plenitud de Dios” es suficiente para convertir plenamente el hombre a Dios.

Dios ocupa plenamente la vida del creyente, lo cambia radicalmente. Su naturaleza carnal está dominada y la naturaleza divina tiene pleno dominio sobre él. Como el hombre recibe a Cristo, obtiene la plenitud de Dios, llena su vacío inicial, y no hay más espacio en él para la vida mundana. El verbo que se usa aquí es *elabomen*, “tomaron”, el mismo verbo que se usa en el decimosegundo verso donde se describe que solo quien ha acogido o recibido a Jesucristo, ha obtenido el poder de volverse hijo de Dios. El verbo *elabomen* se encuentra en el segundo tiempo aoristo que normalmente se refiere al pasado.

¿La plenitud de Cristo fue recibida una sola vez o es un proceso continuo que se repetirá indefinidamente? Según Zodhiates, el Evangelista Juan utilizó un “aoristo gnómico”, refiriéndose al hecho de que recibir parte de la plenitud de Cristo no es un privilegio que recibieron solo los Apóstoles u otros

seguidores de Cristo, sino que es una posibilidad dada a todos los seres humanos hasta el último día de la Gracia. La plenitud de Cristo para el creyente es como el aire que nos circunda: está siempre presente y estará siempre a disposición de quien quiera recibirla.

En la última parte del decimosexto verso está descrito que los hijos de Dios recibieron no solo parte de su plenitud, sino también “gracia sobre gracia”. El verbo *elabomen* se refiere, de hecho, también a la “gracia sobre gracia”. Este concepto se explica con el hecho de que quien recibe parte de la plenitud de Cristo tiene siempre necesidad de él, y no ha dejado nunca de ser colmado por su gracia. En otras palabras, Cristo continúa colmando el vacío que hay en el hombre y lo colma continuamente con su gracia. ¿Por qué sucede esto?

Según Zodiates, el hombre es como una copa de agua; después de haber recibido gratuitamente, el hombre gratuitamente da, regala a los demás parte de la plenitud de Dios que ha recibido. Pero, en este punto, la copa del hombre resultará estando nuevamente medio llena. Por tanto, la copa será llenada nuevamente con nueva “plenitud” y nueva “gracia”, como si fuera agua pura que fluye de una fuente de montaña. ¿Quién no desearía nueva agua fresca y pura, nueva gracia sobre gracia de parte de Dios? Por tanto, el hombre, incluso después de haber acogido a Jesucristo en su corazón, continúa teniendo necesidad de gracia sobre gracia; Él no volverá más al pecado voluntariamente o experimentando placer al pecar, sino que continuará decepcionando a Dios en formas diferentes. En todo caso, el pecado no tendrá más dominio sobre el hombre, porque el hombre, convirtiéndose a Cristo, recibió y continúa recibiendo gracia sobre gracia.

Esto demuestra que la gracia de Dios es infinita. Si Dios tuviera que darnos exactamente lo que merecemos, deberíamos todos recibir una sentencia de muerte en crucifixión para expiar nuestros pecados, que son infinitos, porque son contra Dios. Pero Dios es infinitamente misericordioso y nos regaló la gracia, o sea la posibilidad de acoger a Cristo en nuestros corazones y de acoger el sacrificio de Cristo sobre la cruz como perdón por nuestros pecados. La gracia es, por tanto, un flujo continuo. Dios nos dona una gracia continuamente de modo que nosotros podamos vivir en ella y continuar llenando nuestro vacío. Si nosotros damos a otros (con el amor), la gracia que recibimos (incluso si no la merecemos), recibiremos otra “gracia sobre gracia”.

Foto: Cristo de los abismos, estatua sumergida en el mar de San Fruttuoso, (Genova, Italia).

Ley, Gracia y Verdad: análisis del decimoséptimo verso del Evangelio de Juan



En el decimosexto verso, Juan nos mostró que Jesucristo nos dio parte de su plenitud y, además, nos dio gracia sobre gracia. En el decimoséptimo verso, Juan puntualiza la diferencia entre la Ley (nomos), la Gracia (charis) y la Verdad (aletheia), estas últimas dos dadas por Jesucristo. Veamos el decimoséptimo verso del Evangelio de Juan:

Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo.

Veamos el correspondiente en griego:

Hoti o nomos dia Mōuseōs edothē hē charis kai hē alētheia dia Iēsou Christou egeneto

Primero que todo, Jesucristo es un personaje histórico, como lo fue Moisés. Sin embargo, Cristo no está solo fuera de nosotros como lo estuvo Moisés. Para el creyente, o sea para quien acoge a Jesucristo en su corazón, Jesús vive en él y actúa un cambio en él. Y para el creyente, Jesús es fuente de plenitud y es dispensador de Gracia y Verdad. El decimoséptimo verso no quiere mostrar ningún contraste entre Moisés y Cristo; tampoco entre Ley, Gracia y Verdad. Juan quiere puntualizar que mientras que Dios dio la Ley por medio de Moisés, Jesús llevó la Gracia y la Verdad. Anteriormente uno se salvaba según la Ley; ahora uno se salva creyendo en el sacrificio de Jesucristo por nosotros sobre la cruz; uno se salva aceptando la Gracia, con fe.

Sin embargo, ¿por qué Juan asevera que Dios dio la ley por medio de Moisés, antes que la Gracia? Justamente por el hecho de que la primera transgresión de la ley fue en Adán. Dios había dado al hombre la posibilidad de elegir, ya que no podía forzar al hombre a elegir el bien. No obstante, podía imponer un castigo por las transgresiones. La Ley no fue “una opción de Dios”, ni la consecuencia de la desobediencia del hombre a Dios. Después de la salida de los judíos de Egipto, Dios eligió a Moisés para dar la ley a los hombres. Moisés fue utilizado por Dios solo como instrumento. La ley fue dada en un determinado momento histórico. Por esto se usa el verbo *edothe*, “fue dada”, que se refiere a un determinado periodo.

La Ley dada por Dios por medio de Moisés estaba dividida en tres partes: ceremonial, judicial y moral. Una parte de la Ley estaba dirigida solo a Israel, mientras que otra parte se extendía a todas las personas. La ley ceremonial se relacionaba con el cumplimiento de sacrificios y ofrendas. Estas normas

se aplicaban solo al pueblo de los hebreos hasta el tiempo de Jesucristo, que fue el cumplimiento de la ley ceremonial. Jesucristo se convirtió en el sacrificio final y perfecto para todos los hombres por medio del derramamiento de su sangre en la cruz. Después de su muerte, ya no era necesario derramar sangre de animales para la remisión temporal de los pecados. Por tanto, con Cristo encontramos el cumplimiento de la ley ceremonial. La ley ceremonial estaba dirigida solo a los hebreos. De hecho, en Éxodo (34, 23-24) se impone que cada persona que estaba bajo la ley ceremonial debía estar en Jerusalén tres veces al año. Es evidente que se refería solo a los hebreos. Por tanto, hoy, los hebreos de religión judía deberían estar en Jerusalén tres veces al año, si aplicaran la Ley al pie de la letra. La ley ceremonial, por tanto, no se aplicó nunca solo a los “gentiles”, o sea a los no hebreos. Para los hebreos cristianos, el cumplimiento de la ley ceremonial fue Jesucristo. De hecho, leemos en la Epístola a los romanos (10, 4):

porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree.

Respecto a las Leyes judiciales, estas se referían al gobierno del estado de Israel. Estas leyes no eran obligatorias para ninguna otra nación. Israel era una teocracia y Dios dio leyes para su gobierno. La Ley moral está contenida principalmente en los diez mandamientos. Son principios generales que se referían a todas las personas de cualquier etnia. Son principios morales que todavía hoy tienen vigencia (para los diez mandamientos, ver Éxodo, cap. 20). Sin embargo, el respeto absoluto de los diez mandamientos no es suficiente para la salvación. Al contrario, quien aceptó a Jesucristo en su corazón,

naturalmente respetará los diez mandamientos (1). En otras palabras, no es el respeto de los diez mandamientos el que lleva al hombre a la salvación, sino que es la fe en que Jesucristo haya muerto por nuestros pecados la que lleva al hombre a la salvación. De hecho, incluso si una persona respetara al pie de la letra los diez mandamientos, continuaría siendo un pecador. No podrá salvarse “solo”, ni con acciones de reparación de sus pecados (el pecado no se puede borrar), ni con acciones buenas para compensar el pecado. Solo aceptando la Gracia dada por Jesucristo, por medio de la fe, el hombre puede salvarse. De hecho, veamos estos dos pasajes del Nuevo Testamento:

Epístola a los gálatas (3, 13):

Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero

Epístola a los romanos (8, 1):

Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.

Por tanto, Jesús se encargó de nuestros pecados y, si acogemos su sacrificio, nos liberamos del poder de condena de la Ley, sin violarla, porque en Cristo encontramos el cumplimiento de la Ley moral de Dios. Pero ¿en qué y por qué la Gracia y la Verdad son superiores a la Ley? Moisés no fue la personificación de la Ley, pero Jesucristo fue la personificación de la Gracia y de la Verdad. Veamos

algunas frases que evocan a la Ley y otras que evocan a la Gracia y a la Verdad.

Ley:

Epístola a los romanos (6, 23 a):

Porque la paga del pecado es muerte,

Gracia:

Epístola a los romanos (6, 23b):

más la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.

Ley:

Ezequiel (18, 20):

El alma que pecare, esa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él.

Gracia:

Evangelio de Juan (11, 25-26):

Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?

La Ley pronuncia condena y muerte.

La Gracia proclama justificación y vida.

Gracia:

Ezequiel (11, 19):

Y les daré un corazón, y un espíritu nuevo pondré dentro de ellos; y quitaré el corazón de piedra de en medio de su carne, y les daré un corazón de carne,

Ezequiel (36, 26):

Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne.

Ley:

Epístola a los gálatas (3, 10):

Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas.

Gracia:

Salmos (32, 1-2):

*Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado.
Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad,
Y en cuyo espíritu no hay engaño.*

Ley:

Deuteronomio (6, 5):

Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas.

Gracia:

Evangelio de Juan 3, (16-17):

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.

La Ley describe lo que el hombre debe hacer por Dios.

La Gracia describe lo que Cristo ha hecho por el hombre.

La Ley produce una propensión natural a la desobediencia.

La Gracia crea una propensión natural a la obediencia.

La Ley requiere obediencia por el temor de la Ley misma.

La Gracia suplica al hombre por la misericordia de Dios.

La Ley pide santidad.

La Gracia da santidad.

La Ley dice: “¡Condénalo!”

La Gracia dice: “¡Absuélvelo!”

Para la Ley, la bendición es el resultado de la obediencia.

Para la Gracia, la obediencia es un resultado de las bendiciones.

La Ley fue dada para someter al viejo hombre.

La Gracia libera al nuevo hombre.

Bajo la Ley, la salvación se debía ganar.

Bajo la Gracia, la salvación es un don.

La Ley describe sacrificios sacerdotales ofrecidos año a año que no podrán nunca volver perfectos a los hombres.

Gracia:

Epístola a los hebreos (10, 12-14)

pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies; porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados.

Ley:

Epístola a los romanos (2, 12):

Porque todos los que sin ley han pecado, sin ley también perecerán; y todos los que bajo la ley han pecado, por la ley serán juzgados;

Gracia:

Evangelio de Juan (5, 24):

De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, más ha pasado de muerte a vida.

En el decimoséptimo verso encontramos las palabras Gracia y Verdad como en el decimocuarto verso. En efecto, Jesucristo no vino solo a mostrarnos la Gracia. Así como Dios es infinitamente misericordioso y sagrado, es también infinitamente justo. La palabra “Verdad” reclama la justicia. La Verdad evoca el hecho de que él nos encontró culpables del pecado. De hecho, nadie está sin pecado. Por tanto, como el precio del pecado es la muerte, (Epístola a los

romanos 6, 23), nosotros tendremos que morir por nuestros pecados. Justamente porque Dios es infinitamente misericordioso, pero también es infinitamente justo, envió al Hijo para que muriera en nuestro lugar. Él pagó nuestra pena de manera que nos pudiera liberar, si nosotros aceptamos su sacrificio sobre la cruz. Por tanto, el verdadero cambio respecto a la Ley no es solo la Gracia, sino también la Verdad. Analicemos ahora el verbo “vinieron” en la frase:

La gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo.

Veamos el correspondiente en griego:

hē charis kai hē alētheia dia Iēsou Christou egeneto

Mientras que en la frase “La Ley ‘fue dada’ por medio de Moisés” se utiliza el verbo edothe, en la frase siguiente se utiliza el verbo egeneto. Egeneto indica un acto preciso, que indica un determinado momento. El mismo verbo es utilizado en el decimocuarto verso. Además, en el texto griego está escrito: “*hē charis kai hē alētheia*”. Juan no está describiendo un tipo de gracia o un tipo de verdad. Juan está describiendo “la” Gracia y “la” Verdad. La Gracia y la Verdad de Jesucristo son definitivas y exclusivas de él. Por tanto, Jesucristo no enseña la Gracia y la Verdad. Jesucristo es la Gracia, y es la Verdad. Cuando se dice “experimenté la verdad”, es como si se estuviera diciendo “he conocido a Jesucristo”.

Además, hay que analizar un último punto: la verdad (concerniente a la justicia) no se refiere solo a la muerte de Jesucristo en la cruz, sino que se refiere también a la vida de los cristianos después de que experimentaron la Gracia de Dios en las propias vidas. Cuando una persona acoge el perdón de Cristo en su

corazón, y acepta la Gracia, su vida cambia, ya que obtiene la justificación. La Gracia, por tanto, es diferente de la Ley, ya que no proclama el castigo, sino que nos permite superarlo. Cristo hace el hombre nuevo, el hombre que vive en la Gracia, el hombre perdonado y que sabe perdonar.

1-Respecto al sábado, ver los Hechos de los Apóstoles (20, 7).

Imagen: la sanación del ciego de nacimiento, El Greco, 1567.

El Unigénito Hijo hizo conocer a Dios: Análisis del decimooctavo verso del Evangelio de Juan



Como hemos visto, el propósito de los primeros dieciocho versos del Evangelio de Juan fue el de demostrar la preexistencia, o sea la plena Divinidad, de Jesucristo. Los versos fundamentales del Prólogo son el primero y el decimocuarto. En el primer verso, Juan declara que el Verbo (Jesucristo) era preexistente con Dios Padre desde el principio, o sea “desde siempre”, y declara que el Verbo es Dios. En el decimocuarto verso se indica la encarnación de Dios en la persona de Jesucristo. Con las palabras “*y el Verbo se hizo carne*”, Juan quiere expresar el momento fundamental de la historia de la humanidad, o sea Dios que se hace hombre para venir a salvar al hombre. Sin embargo, también el decimooctavo verso es muy importante para

comprender quién era verdaderamente Jesucristo y porqué solo a través de él podemos conocer al Padre. Veamos el decimoctavo verso del Evangelio de Juan:

A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.

Veamos el correspondiente en griego:

Theon oudeis beōraken pōpote monogenēs Theos ho ōn eis ton kolpon tou Patros ekeinos exēgēsato

De la frase “*a Dios nadie le vio jamás*”, se deduce que nadie ha podido nunca ver a Dios en su totalidad. Es verdad que Dios se manifestó varias veces a Moisés, pero ni el profeta bíblico ni otros profetas han podido ver jamás realmente a Dios en su plenitud. La segunda frase del decimoctavo verso nos indica, en cambio, que alguien, o sea el unigénito Hijo, volvió a Dios visible. Regresemos, sin embargo, a la primera frase: “*a Dios nadie le vio jamás*”. De esta frase se deduce que Dios es espíritu, y como tal es invisible. A tal propósito veamos una frase del Evangelio de Juan, cuando el Señor se dirigió a la mujer samaritana (4, 24):

Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.

Juan, por tanto, cuando escribe que nadie lo ha visto nunca, se refiere a la plenitud de Dios, a su esencia espiritual, infinita y eterna. Nadie puede ver la esencia espiritual de Dios en toda su plenitud, por el simple hecho de que el hombre, siendo limitado y finito, no puede aprehender el infinito. Obviamente, Juan no escribe “ho Theon”, sino “Theon”, demostrando que

se refiere al concepto Trascendente de Dios. Dios, en su plenitud omnisciente, omnipotente y omnipresente, no puede ser visto por el hombre. La palabra heōraken significa “vio” o “ha visto”. Es el tiempo perfecto del verbo horaao, ver. El verbo horaao puede significar tres cosas: ver con los ojos, ver con la mente o percibir, experimentar o conocer por medio de la experiencia. Juan afirma entonces que nadie ha podido ver nunca a Dios en su plenitud. El Evangelista, por tanto, no se refiere a manifestaciones parciales de Dios o teofanías (como por ejemplo en Éxodo 33, 11 o Números 12, 8).

Después de habernos comunicado que nadie ha visto jamás a Dios, Juan nos comunica que existe una excepción. De hecho, escribe: “*el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer*”. Según Juan, Dios quiso revelarse completamente y lo hizo con Jesucristo, que se llama Verbo (Logos), y también unigénito Hijo. La palabra griega monogenees puede significar (1): 1-Hijo único, o sea quien no tiene hermanos o hermanas (como en Lucas 8, 42); 2-El único de esta especie; 3-De la misma naturaleza. Según Spiros Zodhiates, monogenees debe ser interpretado “de la misma naturaleza, o de la misma sustancia”. Para Zodhiates, por tanto, también monogenees es un indicio de que Juan quería decir que Jesucristo, el Verbo, tiene la misma sustancia del Padre y, por tanto, solo él puede hacerlo conocer. Justamente por esto, Jesucristo dijo, Evangelio de Juan (14, 9):

Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre?

¿Por qué Dios se encarnó en la persona de Jesucristo? La forma de hombre era la única que podía ser

reconocida por otros hombres. Esto naturalmente no significa que durante la encarnación Dios cesó de existir como puro espíritu. Esta expresión “monogenēs Theos” es única y se refiere al hecho de que el Hijo es Dios, y tiene la “misma sustancia” de Dios Padre. (2). Por otro lado, son numerosas las citas bíblicas que indican la correspondencia de Dios Padre con el Hijo, por ejemplo, Juan (10, 30):

Yo y el Padre uno somos.

Analicemos ahora la frase: “*que está en el seno del Padre*”. Es verdad que Juan escribió estas palabras después de la Ascensión de Jesucristo a la diestra del Padre. En todo caso, las palabras “*que está en el seno del Padre*” no se refieren solo al periodo sucesivo a su Ascensión, sino a la eternidad. También, durante la encarnación, Jesucristo estaba “en el seno del Padre”. También, antes de la encarnación, el Cristo eterno estaba “en el seno del Padre”. Esta frase empieza con la palabra *ho*, que se traduce por “aquel” o “que”. Por tanto, la traducción literal podría ser: “aquel que está en el seno del Padre”. La frase continúa con la palabra *ὢν*, o sea *on*, que significa “es”. Juan no escribió “fue” o “era” sino “es”. Este tiempo indica que Él está desde siempre y para siempre en el seno del Padre. También de este verbo se deduce que Jesucristo no está sujeto al tiempo. ¿Qué significa la palabra *kolpos*, o sea “seno”? Generalmente, la palabra *seno* se refiere a la parte superior del busto, donde está ubicado el corazón. Esto da la idea de una relación íntima entre el Hijo y el Padre. Justamente por esto, solo el Hijo conoce la esencia y los deseos del Padre y puede, por tanto, revelarlos.

Analicemos ahora la última frase del decimoctavo verso: “*él le ha dado a conocer*”. Primero que todo,

notamos que Jesucristo se refiere a Dios como “su Padre”. Por ejemplo, en el Evangelio de Lucas (2, 49):

Entonces él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?

Pero también al final del evangelio de Mateo (28, 19):

Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo;

Podemos afirmar que Jesús vino a la tierra para revelarnos que, si lo acogemos como nuestro Salvador, Dios se convierte en nuestro Padre. Juan desarrolló este concepto en el decimosegundo verso de su Prólogo, donde afirma que los hijos de Dios son los que acogen a Jesucristo y creen en su nombre. Además, con una frase muy aguda, Jesucristo especificó que solo a través de él se puede llegar al Padre. Evangelio de Juan (14, 6):

Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.

Por tanto, a través de Cristo y aceptando su sacrificio sobre la cruz, el hombre puede convertirse en hijo de Dios y, así, Dios puede ser su Padre. Pero ¿de quién era hijo el hombre antes de convertirse en hijo de Dios? He aquí la respuesta: Evangelio de Juan (8, 44):

Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira.

La palabra *ekeinos* significa “esta persona” o “él”, en referencia a “quien está en el seno del Padre”. En la última frase, Juan quiere disipar cualquier duda, quiere comunicarnos que solo Jesucristo, el Unigénito Hijo, nos ha hecho conocer al Padre. Como la esencia de Jesucristo (monogenees) es la misma del Padre, él, el Unigénito Hijo, ha podido hacerse conocer el Padre. El verbo que Juan ha utilizado para la frase “lo ha hecho conocer” es *exēgēsato*, del cual deriva la palabra *exégesis*. Este verbo era utilizado por antiguos escritores griegos para indicar la interpretación de los misterios divinos. Es como si Juan hubiera querido expresar que Jesucristo nos ha indicado la maravillosa vía para acceder al misterio de Dios, infinito y omnipotente.

En realidad, *exēgēsato* está compuesto por *ex* (fuera) y por el verbo *heegeomai* (llevar). Por tanto, su significado es: llevar afuera, extraer, traer. Esto da la idea de que Dios no era plenamente accesible al hombre, sino que fue Jesucristo el que hizo posible que el hombre conociese a Dios. Fue Jesucristo quien volvió accesible Dios al hombre. Y no existe ningún otro modo para el hombre de conocer a Dios si no a través de Jesucristo (Evangelio de Juan 14, 9). El verbo *exēgēsato* está en el tiempo aoristo, y esto indica que esta acción no se repetirá. Jesucristo hizo conocer al Padre de una vez por todas, y esto significa que Jesucristo no volverá más para revelar al Padre. Vendrá ciertamente, pero como instrumento de justicia de Dios sobre la tierra.

Notas:

1-Great Lexicon of the Greek language.

2-<http://yurileveratto2.blogspot.com.co/2015/11/la-vera-identita-di-gesu-cristo.html>

Imagen: el discurso de Cristo a los once Apostoles,
Maestà di Duccio di Buoninsegna.

Fuentes bíblicas:

“La Sagrada Biblia”, version Reina Valera, comentada por el teologo Charles Caldwell Ryrie.

“La Biblia de Jerusalem”.

Bibliografia:

Bercot, David, “Que hablen los primeros cristianos”, CSA Press Latinoamerica, 1989

Cremer, Hermann, “Biblico-Teological Lexicon of New Testament Greek”, Edinburgh, T&T Clark, 1954.

Demetrakou, D., “Gran Lexico de todo el idioma griego”, 1954.

Edward, J.W., “Gramatica del idioma griego”, John Henry e James Parker, Londra 1861.

Gingrich F.W., “A greek-english lexicon of the New Testament and other early christian literature”, Un. Chicago, 1952.

Godet, Frederick Luis, “Comentarios sobre el Evangelio de Juan”, Grand Rapids, Zondervan

Liddon H.P., “La Divinidad de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo”, 1890, Longmans and Green.

Liddel H.G., “A Greek-English Lexicon”, Oxford, Clarendon Press, 1958

Pentecost, Dwight, “Eventos del porvenir, estudios de escatología bíblica”, J. Zondervan 1977.

Robertson, A.T., “A Grammar of the Greek New Testament in the light of historical research”, New York, 1923.

Zodhiates, Spiros, “Cristo era Dios?”, Action International Ministries, 1994.